REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIII — San José, Costa Rica — 1947 — Sábado 4 de Octubre — No. 8

Año XXVIII — No. 1035

EL "SARMIENTO" DE MARTINEZ ESTRADA

Por *J. L. Sánchez Trincado*

(*El Nacional*. Caracas, marzo 16 de 1947).

"La acción lo fascinaba", añade todavía en alguna de las últimas páginas de su libro sobre Sarmiento (*Argos*. Buenos Aires. 1946), Ezequiel Martínez Estrada, después de haber insistido una y otra vez sobre este rasgo del vigoroso dibujo que, con plástica imaginación, talento sintetizado, señales de cultura muy varia, ha trazado del eminente político argentino.

Más que retrato coloreado, en efecto, realista, fiel y favorecedor a la vez, académicamente suave y colocado sobre tiernos fondos convencionales, Martínez Estrada ha hecho de Sarmiento un dibujo en negro, rápido, decidido y hasta violento. Líneas duras, sombras tenaces. rasgos esenciales, todo ello para destacar el esqueleto de verdad que se escondía detrás de la colección de palabras, hechos, ademanes y gritos que, como cualquier hombre público, sometido a constante discusión, Sarmiento interponía entre su auténtica figura y la mirada perspicaz de sus críticos.

Esta vez, hombre de verdad, ha sido juzgado valientemente por un crítico de verdad. Dice Estrada de Sarmiento que, polémico y agresivo, siempre "agradable a sus rivales, los dotaba de tallas de gigante, combatiéndolos". Combatiéndolos, añadamos, quijotescamente. Porque también quijotescamente agrandamos a nuestros amigos, combatiendo vehementemente contra ellos, admirándolos a la vez y justificándolos, y nuestro don Quijote no hizo sino esto mismo, haciendo que creciera a ojos vistas su minúsculo Sancho, tan lejano a él mismo en calidades, tan cerca en la colaboración. Como señal de que le agigantó y alzó a las doradas regiones por donde circulan los relámpagos suaves de la demencia, en los dominios de la gracia, pienso yo que podría señalarse el hecho de que, al final, Sancho, que hasta entonces no había osado hablar sino de sí mismo, de sus ambiciones groseras, de sus temores y hasta de su tripuda vanidad, Sancho que no poseía sino un idioma visceral, comenzó, como don Quijote había hecho desde el comienzo, a hablar de la justicia, o del honor, o del amor, de la muerte de los titanes y de la condenación de los endriagos y de cosas fantásticas o abstractas.

Martínez Estrada ha agigantado a su Sarmiento. le ha despojado de algunas de sus aureolas de cuadro de Museo, le ha podado algunas de esas cualidades retóricas que era necesario ensalzar en las ceremonias cívicas y ha adivinado en su figura, junto a algunas propiedades inéditas, algunos de sus defectos poderosos. "Era en verdad, dice, la encarnación de lo bueno y lo malo de su país". Y, más adelante: "No sólo es Sarmiento el más argentino de los escritores, sino el más argentino de los pensadores y el más argentino de los argentinos, con todas nuestras virtudes y defectos".

Visto con su estatura enorme, diseñado en sus exactos contornos, agrandado para que sea observado mejor y para que con mejor motivo, sea admirado y para que, admirado en la grandeza terrible de sus limitaciones y superaciones, pueda ser comprendido de golpe, el dibujo de Sarmiento que ha salido de las manos de Estrada es como una lámina magistral, frente a la que el impaciente lector, si lo es de verdad y no un transeúnte desocupado, se estremecerá de pies a cabeza. El crítico ha comprendido bien a Sarmiento y lo ha dicho en estas páginas impresas por *Argos* insistentes, repetición rítmica de golpes de forja, en un libro cabal.

No fué Sarmiento un teórico ni un moralista. "Sarmiento necesita reducir a términos concretos las acciones para entenderlas, dibujarlas para recordarlas, representárselas como figuras y especialmente como facturas o anhelos de seres humanos. Los objetos nada representaban para él —ignoraba la contemplación y el arrobo— sino por la cantidad de trabajo humano que hubieran insumido". Sin capacidad de soñar, de embelesarse en las ideas, de teorizar, de envolverse en la nube de la contemplación. Sin intimidad. "Sarmiento nunca examinó su interior: no tuvo tiempo y se privaba de tiempo para no hacerlo". No fué un artista: "Sus flores retóricas inclusive tenían siempre el delicioso aspecto y la fragancia de las flores silvestres". "....su pensamiento era siempre un producto elaborado dentro de su cuerpo. no absorbido en los libros o en la experiencia y vertido nuevamente al mundo como ideas". "Si se examina su obra entera, parece más bien la obra de un novelista que la de un pedagogo o un filósofo". Eso fué, novelista, biógrafo, inventor e intérprete de las figuras literarias que le urgía presentar y conocer como representaciones de personas, sucesos y entidades nacionales y del modo de ser argentino.

Enamorado de la acción, relataba con pluma enérgica de biógrafo apasionado, las acciones de los demás y, con ellas, describía a la vez el espectáculo soberbio de un pueblo entero en acción. La acción lo fascinaba.

Ciertos hombres de acción, Sarmiento entre ellos, habían desbordado las lindes nacionales. No sólo que fueran, como lo era el autor de *Facundo*, un poco nómadas por naturaleza, ansiosos y vigilantes viajeros de la tierra, ni tampoco, solamente, por su actividad política de reformadores que hubieran otorgado proyecciones mayores a sus gestos públicos sino que, comprometidos por sus hazañas, palabras y actitudes en las horas en las que el poder pasaba a manos opuestas, debieron comenzar entonces otro tipo de actividades fascinadoras y dramáticas, la de los políticos en el exilio. "En las décadas del veinte al cincuenta, del siglo xix —dice Martínez Estrada— los verdaderos argentinos eran los desterrados". De esta tajante afirmación, característica de su estilo denso, deduce su autor algún corolario audaz. Juzga que, en cierto modo, se debe a la influencia extraordinaria de los prohombres argentinos desterrados, el hecho de que hayan corrido con tan buena suerte los regímenes democráticos en los países vecinos que les dieron albergue, Chile y Uruguay, hasta la fecha. Una segunda afirmación pareja, y tan sugestiva y valiente como la anterior, es la de que "los desterrados formaron nuestra cultura, de donde tuvo desde entonces una señal de extranjería".

"No conoce teorías, sino táctica de combatir". El destino no se ablandó frente a su táctica. Aunque "nada mejor para un profeta que la tierra extranjera", no pudo resignarse

Sarmiento

(Por *Valdivia*).

Estrecha como es la vida del hombre, y limitada a una corta época y a un reducido espacio de tierra, la gloria —no lo olviden los jóvenes— es el arte de prolongar y extender la existencia en la historia, haciendo, por grandes e incuestionables servicios rendidos a la humanidad, que mayor número de hombres que los que lo conocieron, lo estimen y amen, y que la losa que cubre sus restos no raye su nombre de entre los vivos, ni sepulte su memoria.

(*D. F. Sarmiento*, en el 2º volumen de sus *Discursos Populares*, y tomo XXII de sus *Obras*. Buenos Aires. 1914).

a morir fuera de su suelo, viendo quebrarse en la inutilidad sus armas duras y sus puños sagaces, y por eso le repugnaban, y ésta es una señal de su nobleza, estos otros expulsados de su patria argentina que se complacían morosamente en su tristeza y en su protesta, adivinando que eran penas y ademanes estériles y por eso acusaba a Alberdi de "desterrado profesional".

Sarmiento no fué nunca un vencido profesional. Ensordeció, calló, acusó con su terrible, hosca locura, dimitió ese grito lírico, modulado hasta el virtuosismo que calma una querella que se escucha a sí misma teatral e inocua. No aceptó la responsabilidad de hacer palabrerías primorosas sobre el tema horrendo de la caída de su patria.

Atrás quedaba su obra de gobernante, de apósto', de maestro, de director de su familia, de su gente, de su pueblo. Había tenido una concepción biográfica de la Historia, dice Martínez Estrada, el cual añade que para Sarmiento, "la historia hispanoamericana conservaba indelebles trazos personales de sus héroes". "Sarmiento no ha escrito sino historia argentina". "En Sarmiento está todo hablado en el tono del sermón, de la homilía, de la disertación". Su estilo persuasivo de maestro de literatura patriótica y de patriotismo vivo, se concilia perfectamente con su actitud de educador. "La educación popular fué su postulado casi único, el norte de su prédica y acción".

De la actitud de Sarmiento hacia España nadie ha hablado mejor que nuestro Unamuno, de quien Martínez Estrada cita unas palabras, éstas, que le revelan como certero adivinador de los secretos de quien escribió *Recuerdos de provincia*: "Su odio a España es el de un español, y el de un español que la quiere bien. Su odio a Rosas es de la misma clase".

Un espíritu beligerante, movilizado, ardiente, como el del autor de ese otro libro inolvidable que se llama *Radiografía de la Pampa*, debía aplicar su atención y lo ha hecho en este libro a esa otra gran inteligencia beligerante, la de Domingo Faustino Sarmiento, el prócer argentino.

DAVID MÉOFOR: POETA DE LA TIERRA

Por *August H. Wagner.*

(*Envío del autor*. En Hollywood 27, Calif., U. S. A.)

Hablé a los hombres, buscando trasmitirles la amarga y dura verdad de mi ideal.

—¡Escuchad la Voz Cósmica! —supliqueles inútilmente...

David Méofor.

Deseo hablaros de un gran poeta norteamericano. No se le canta todavía por permanecer oscurecido ante el fuego mortecino de modernas preocupaciones, mas llegará el día en que su obra resplandecerá en el Parnaso de la Poesía Norteamericana con lo mejor de todos los tiempos.

Tuve el privilegio de conocer a David Méofor hace unas pocas semanas en una reunión celebrada en el Gremio de Poetas (Poets' Guild) de Nueva York. Ambos nos hallábamos en una sala en la que se han visto con frecuencia reunidos la flor y nata de los poetas, para intercambiar, como esta vez, ideas e imágenes mediante la lectura de poesías por parte de los reunidos.

Un caballero alto y fornido hallábase a mi izquierda. Era judío, y tan pronto como tomó la palabra para leernos una poesía de su reciente creación, el aire pareció impregnarse de una sutil y rítmica melodía que, llevada y dirigida por un ímpetu vívido y vital de sinceridad, daba más fuerza y sentido a sus palabras.

Estas expresaban el grito de dolor de millones de judíos de todas partes y de todos los tiempos: presente, pasado y futuro:

¿Qué soy sino el perseguido nuevamente a
[cada generación
por enemigos nuevos, por enemistad eterna?
Ante el mundo aparezco distinto e
[inconfundible;
sin embargo, soy indefinible.

Sus palabras penetraron profundamente en mí, evocando visiones de judíos perseguidos a través de las edades. Cuán perplejo debe de sentirse todo judío joven y sensible entre tanto odio que, dirigido hacia él desde todas partes, nace de una "enemistad innominada". Y siguió leyendo para terminar así:

¡Qué soy, perseguido a través de los siglos,
aguardando con paciencia inmortal,
esperando sobrevivir la destrucción y el odio
para redimir de su odio a los que destruirme
[quisieran!

He aquí un poeta auténtico, dije para mí. Luego pude comprobar que otros pensaban igual: críticos notables, escritores, poetas; todos al parecer, menos los editores. Estos constituían un bloque casi infranqueable a la publicación de sus trabajos. Mas el espíritu eterno que anima la inspiración genial no podía permanecer silenciado. Nuestro poeta se sacrificó hasta que logró ahorrar lo necesario para poder imprimir mil ejemplares de un volumen de poesías que dió en llamar *Aliento de todos los vivientes*.

Previendo un obstáculo que pudiera ser un peligro a sus medios de sustento, me escribió así acerca de un seudónimo "David Méofor": "No tuve más remedio que adoptar un seudónimo. Como empleado del gobierno, si mis versos no hubieran cuajado con los críticos, o me hubieran tildado de "rojo" o "herético" y se hubieran enterado de ello ciertos jefecillos gubernamentales, hubiera podido pasarlo mal".

Nuestro poeta tenía en cuenta el caso de Walt Whitman que fué suspendido como oficinista del gobierno por haber escrito un libro que no agradó al clero.

Mi amigo, al ponerse en busca de un seudónimo, dió con uno bíblico en este pasaje del Salmo 118: "Había levantado del polvo a los humildes". La palabra hebrea "Méofor" significa "del polvo". Por considerarse a sí mismo un ser humilde, ya que su empleo de cartero es una de las más humildes profesiones al servicio del prójimo, le pareció apropiado hacer constar que su poesía surgía "del polvo".

Luego, antepuso a "Méofor" su segundo nombre propio, David, cuyo patrón bíblico había sido también un gran poeta, y "cuyos Salmos son para mí fuente constante de inspiración". Así nació David Méofor como autor de un libro de poesías titulado *Breath of All Living* ("Aliento de todos los vivientes").

Un amigo del autor, Alfred Wrench, dijo en su introducción: "Los ojos de Méofor buscan irremisiblemente la verdad. En medio del mundo tan materialista en que vivimos, él ha hallado amor y esperanza, y belleza, y un profundo conocimiento de la potencialidad del proletariado. Estas páginas contienen la historia de estos hallazgos, y las trazas memorables de la lucha empeñada hacia la verdad, la comprensión y la convicción. Aquí no se acepta fácilmente todo lo establecido ni se transige con lo condenable. Dondequiera que ha encontrado podredumbre, David la denuncia con apasionada honradez. El arte es lo incidental — nada más que las chispas levantadas por los golpes de poderoso martillo que forja en el "yunque universal".

David esperó apenas que se secara la tinta de las páginas impresas de su volumen para enviarlo a un número selecto de críticos y poetas, solicitando su opinión y crítica. Así fué que Dorothy Hobson escribió en el *Poetry Bulletin*: "Este volumen de Poesía proletaria es lo más refrescante y estimulante que ha venido a nuestras manos en los últimos años. La poesía de David Méofor... es viril, retadora e intensamente vívida".

John Cowper Powys, uno de los más ilustres hombres de letras ingleses, felicitó al autor por medio de una admirable carta personal: "Mucho me ha impresionado su libro, *Aliento de todos los vivientes*. A mi juicio es lo más conmovedor, excitante y acerbo de la moderna poesía judía, y he leído mucho de ella. ¡Y sé por qué es tan grande! Por su Honradez y Sinceridad! Tiene mucho de la noble sinceridad de la poesía norteamericana de Walt Whitman y de mi admirado amigo, Edgar Lee Masters. La poesía de usted está muy por encima del verso corriente. Hay en ella una grandeza, una ternura, una simplicidad y una objetividad que me llegan al corazón". La firmaba "suyo (en homenaje a su poesía), John Cowper Powys".

Mas dejemos que la poesía de Méofor hable por sí misma, para juzgar si merece real-

LEA DE

MAX JIMENEZ

EL JAUL (Prosa)

EL Domador de Pulgas (Prosa)

REVENAR (Versos)

Obténgalos en el

Repertorio Americano

EXTERIOR:

Precio del ejemplar: $ 1.00 U.S.A.

mente tanto elogio. Vayan como muestra las siguientes pocas líneas de *El hijo de los emigrantes*:

Carretillas de mano, chiquillos enjutos que
[juegan,
crudeza insondable, sabiduría, penuria,
clamores, hedores y destemplado bullir por
[doquier.
¡La vida a zarpazos, anhelado vivir!

Aun encavernado, el hombre crea
colorido, romance, amor y odio
¡en inconcebible pocilga
la belleza es concebida!

Mas

¡Cuánto amo los míseros barrios do nací,
sus clamores, destemplanzas, resuello,
amo su extraña insensatez;
su hondo y profundo sentimiento!

Dentro de su hedor, de las malignas nieblas,
hay infinita grandeza en sus tinieblas.
I rivada de belleza, cubierta de ignominia,
la humanidad es sublime todavía.

Aquellos que tengan sensibilidad, se sentirán agitados por "este primero y excepcional volumen de poesías", en el cual el poeta se enfrenta con grandes problemas de injusticia, guerra, penuria, intolerancia racial y religiosa, en una lucha tan vívida, tan tremenda, que el lector no puede menos que intervenir en ella aun a pesar suyo".

Así habla de *El basurero*, la menos apreciada de las profesiones:

¿Quién paróse a observar
el tráfago mañanero de latas de basura,
al pestañear el alba por las callejas del Este,
el donaire y algazara
conque alzas, vacías y lanzas
los basureros
sin reparar en su contenido?
Que sientan asco los ociosos de este mundo,
tu misión es quitar de él lo neauseabundo.

David Méofor es un poeta de la Verdad, pirámide de vida cuya base descansa firmemente en el suelo y cuyo ápice penetra sólidamente en los cielos.

Hijo de la Tierra, su corazón palpita al ritmo terrestre. Es también hijo del cielo. Como tal, el pulso de su alma tiene el ritmo más profundo y extenso, menos tangible, del espíritu. Es a la vez materia y espíritu. Es humano ungido por lo divino. Es todo un poeta.

Méofor tiene la cualidad distintiva de los grandes poetas: un intelecto espiritualizado Aunque ve el mundo con ojos físicos y prácticos, sus impresiones imparciales van a parar al más profundo manantial de su conciencia. Allá, sus percepciones físicas "superficiales", reciben la visión intuitiva y escrutadora del espíritu. Por ello surgen razonadamente, con un profundo discernimiento de su propia y fundamental naturaleza, y los delicados órganos de expresión del poeta trasmiten al mundo una melodía verbal capaz de hacer sentir el canto que él vive:

Soy el Abismo y la costa sonora
que cruza su sombra infinita y letal.
Portavoz de lo eterno, os reprendo
lo que quisiérais ocultar.

En todo hombre hay un poeta, puesto que todo lo viviente es poesía. Cada vida es un poema. Mas todos los hombres no están constituídos para expresar con clara voz sus sentimientos. La poesía de éstos es confusa. Han sido mal templados. Es la misión de los poetas verdaderos expresar en vez de ellos las verdades inmortales y universales con palabras que podamos todos entender.

Tal es David Méofor, el poeta que canta *A la palabra* con estas notas claras, definidas y puras:

Fuiste tú quien creó el Movimiento
y soltó el torbellino del Tiempo
y las olas del Ritmo
que formaron la tormentosa Existencia
en cuya matriz germina aún
el triunfo final de la Belleza sobre la Fuerza.

¡He aquí el "nuevo Whitman" aludido por Powys! He aquí el místico con mente científica. ¡He aquí a David Méofor: *Poeta de la Tierra!*

El traje hace al caballero
y lo caracteriza
Y la SASTRERIA
"LA COLOMBIANA"
de FRANCISCO GOMEZ e HIJO
le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.
Especialidad en trajes de etiqueta
Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles
Paseo de los Estudiantes
Sucursal en Cartago:
50 vs. al Norte del Teatro Apolo.

OBSERVACIONES SOBRE NUEVAS MEDIDAS
Su trascendencia espiritual y para la investigación

(Atención del autor)

Dedicado este pequeño y modesto trabajo a la gran escritora y exquisita poetisa doña Juana de Ibarbourou. Y hecho para ser publicado originalmente en Repertorio Americano *del eximio costarricense y Maestro, don Joaquín García Monge.*

Nuestro invierno tropical ha comenzado hace poco. Los copiosos aguaceros encontraron sobre los surcos que el arado trazó, grandes terrones saturados de sol, ávidos ahora por absorber —tanto como les sea posible— el agua de la lluvia.

La rica tierra se ennegrece aun más y de los campos nos viene ese delicioso olor que tiene, recién empapada por las lluvias. ¿Qué secreto deleite deben experimentar los terrones al esponjarse con el agua? De chico me complacía en observarlos, pensando en la íntima alegría presentida al convertirse así en tierra fértil, que más tarde habrá de almacenar con solícita ternura las simientes.

La naturaleza renace a la vida después del caluroso verano y los pájaros con sus sonoros cantos y trajines amorosos, insistentemente nos relatan que una vez más se repite en lo hondo de la tierra el misterioso y bello sortilegio de la germinación de las simientes. Estas primeras semanas del invierno, constituyen de verdad nuestra primavera.

Es domingo; mis hijitas y yo estamos ansiosos por salir al campo. Deseamos admirar los nuevos colores de verde tierno con que se alegra el paisaje. Queremos sentirnos a "tono" con la naturaleza; percibir esa sana alegría de vivir que pregonan el sol brillante, los múltiples gorjeos, el viento, los susurros de las hojas de los árboles y las festivas danzas de sus ramas. Anhelamos compenetrarnos de toda esa belleza y placidez de la campiña, que luego nuestro pensamiento ha de resumir en dos breves comentarios: ¡cuán hermosa y perfecta es la naturaleza! y ¡cuán grande es la felicidad de vivir y poderla apreciar!

Ingenuamente me complazco y regocijo en que las anime y exalte el aire fresco, el ejercicio, la brisa y el paisaje, sabedor de que cuanto más sincera y grande la dicha, la alegría de vivir en el hombre, más generoso, noble y bueno ha de ser, hacia sus semejantes y para cuanto le rodea. La desgracia y la amargura no son terreno propicio para la recta, la útil —y menos aún— la fértil sociabilidad. En un triste y desesperado ambiente, pocas almas pueden tener como en Milton, la sublime grandeza de producir otro *Paraíso Perdido*.

Hoy, sobre todo, nos lleva al campo, además, un interés nuevo: una viva curiosidad de observar en un rincón del huerto, un experimento en nuestro pequeño laboratorio de la tierra.

Es uno de tantos ensayos para inculcar a mis hijas sentimientos de gran cariño para ella, puesto que su cultivo trae abundancia de sustento, plenitud para lo estético, pero además —y ello es también de enorme importancia— esos preciosos dones del espíritu que podrían llamarse: paciencia, constancia, modestia, ilusiones, placidez, seguridad de sí mismo al comprender y apreciar la nobleza, generosidad y gratitud de la tierra y todas las hondas, agradables y trascendentales enseñanzas que ella nos comunica a diario, humildemente.

Como siempre, la tierra está deseosa —junto con el resto de la naturaleza— de que nos encontremos más pronto y mejor "en armonía con el infinito", con nosotros mismos. Está presta a ayudarnos para que sinceramente distingamos entre lo útil y lo fútil, lo real y lo falso, conozcamos cómo somos, por qué, a dónde vamos... y a dónde debiéramos ir...

Pero retornemos a nuestro pequeño experimento. Es bien sencillo y humilde, aunque no desprovisto de una secreta y elocuente trascendencia. Habíamos escogido tres granos tan iguales, perfectos y sanos como nos permitieron constatarlo todos los cuidadosos medios de observación a nuestro alcance. Los sembramos al mismo tiempo; pero uno fué puesto en la tierra pura y dos en terreno debidamen-

te abonado; y la sección correspondiente a uno de éstos, la cubrimos con hojas secas.

Aquel hermoso y simple concurso de germinación les pareció muy interesante. Entre ellas debatían cuál sería el triunfador y naturalmente cada una de mis hijitas quería que lo fuese el plantado por ella.

Bien pronto descubrimos que la semilla puesta en suelo abonado y después recubierto con las hojas secas, había brotado primero y era una plantita robusta, sana, con tallo grueso y fuerte.

El segundo grano en tierra igualmente abonada pero sin abrigo, había germinado también, pero tenía su plantita asomando apenas sobre el terreno. Traía indiscutiblemente gran vigor a juzgar por la decisiva reventadura que en el terreno había logrado hacer, ganosa de balancearse pronto en el aire y tibiarse al sol.

Del germen del otro grano no se percibían aún trazas.

En aquel momento recordé las publicaciones de Einstein y de Papp y pensé para mis adentros: ciertamente las cosas tienen *alto*, *ancho*, *fondo* y *edad* (o tiempo) —medida de Einstein— pero además, tienen otra medida: *circunstancias* que las rodean.

Y por "circunstancias" quiero concretar, particularizar, aquí, las materiales. Dentro de una gran acepción para dicho término, podrían abarcarse indebidamente las otras medidas de que luego hablo. Ello sería tan ilógico como referirse sólo a volumen de las cosas por el vocablo "tamaño", a sabiendas de que éste en rigor, abarca en sí tres dimensiones, productoras —en verdad— del "tamaño" de las cosas.

Esa dimensión de las "circunstancias" está patente en todo cuanto nos rodea. Si miramos en la lejanía el seto de cipreses observamos que los que están en lo alto de la colina se hallan encorvados. El viento inclemente que subió de la hondonada y hostigó sus tiernos troncos, les impidió crecer erectos. Allá abajo, el sauce sobre el río tiene un follaje de color intenso, por el sitio propicio en que se encuentra y sus frondosas ramas son sostén y abrigo de innumerables pájaros. En contraste, el sauce sobre el camino está raquítico, languidece triste y en sus ramas los pájaros no prenden sus románticas y cantadas aventuras.

En relación con lo anterior viene ahora a mi memoria otro recuerdo de la infancia. Eran muy buenos amigos allá en el pueblito lejano donde naciéramos, nuestro gran poeta Lisímaco Chavarría y mi padre. Lisímaco —como cariñosa y familiarmente se le llamaba en casa— hombre noble y profundamente agradecido, había venido a ofrecer a mi padre su "reconocimiento" por no sé qué pequeños favores. Rato después salimos de la casa los tres. Era una preciosa tarde de verano, con un juego de luces en el ocaso, como precisamente encantaba contemplar al poeta. Su sentimentalismo de fino artista —patente en sus composiciones— no podía sustraerse ni al arte ni a la grandeza de cuanto lo rodeara. Al salir a la entonces plaza y ahora parque central, los últimos rayos del sol daban en la torre de la Iglesia, coloreando así con una franja dorada-rojiza la parte superior y haciéndola ver luminosa en contraste con el pórtico y la parte baja de la construcción. No parecía sino que a ésta un como vaho oscuro ascendiendo de la tierra, hacía borrosos sus contornos. En ese momento sonaron en el campanario los toques del Angelus y una multitud de golondrinas salieron presurosas y festivas de sus innumerables nidos y poblaron el aire con sus vuelos de giros sorprendentes y alocados, y chillidos resonantes y alegres. Cualquiera hubiera creído que el sol del poniente al dar en las viejas campanas las había roto en mil partículas volanderas y vibrantes! Lisímaco entonces, tomándome de la mano, con voz sonora y grave rica en matices cálidos y afectuosos me dijo:

—Mira, Raúl, las golondrinas sienten la música de las campanas y gustan del sol... fíjate como suben para alcanzar sus últimos rayitos...

Después pasó un considerable tiempo. Un buen día el poeta trajo a mi padre la sorpresa de un precioso "Pasito"; él mismo lo había tallado y pintado, primorosamente, pues Lisímaco era también un acabado artista en escultura y pintura. El bardo parecía triste y hablaba de su muerte que "sentía acercarse", de la que contó a muchos y cuyo presentimiento lo indujo a escribir esos dolorosos y bellísimos versos de *Anhelos Hondos*.

Cuando volví al pueblo la medida de las "circunstancias" golpeó y grabó penosas impresiones en mí. En el transcurso de esos años, una grave dolencia se había llevado a Lisímaco (murió en 1913) y fuertes temblores habían dejado en peligroso estado la Iglesia. El campanario quedó ausente de campanas y golondrinas; ruinoso como estaba, su mudez de ahora me lo hacía aparecer más desolado y triste. Sentí una congoja inmensa dentro de mí mismo y algo allá en el fondo, me hizo pensar aquella tarde ventosa y fría, que todo lloraba la desaparición del poeta...

Si observamos cuidadosamente el bosque y nuestros vecinos; si recordamos con detenimiento la historia de nuestros compañeros, de nosotros mismos, no podremos menos que llegar a la conclusión apodíctica, de que en nuestra vida y en la vida de todos los seres y las cosas la medida de las "circunstancias" contribuyó también a determinar su identidad, su desarrollo y estado.

Para el investigador, para el Historiador, para el pensador, esa medida resulta fundamental, también. El juez, el socialista y el filósofo, no deberán omitir su consideración.

El científico en su laboratorio conoce el valor y trascendencia de esta medida en el análisis y la producción de los fenómenos que observa, de los misterios que desentraña o de las maravillas que pretende producir.

El estadista, el político y el predicador deben conocer esa medida mejor que los demás, o irán a tremendos fracasos. Jesús de Nazareth —el Maestro por excelencia— a fuer de vidente, de iniciado, tuvo el precioso don intuitivo de cuantas circunstancias podían rodear a, e influir en, sus auditorios.

El profesional, el financista y el comerciante, no pueden ni deben ignorarla.

Y yo circunscribo esta *quinta medida* —de las circunstancias— a lo real, fundamentalmente, por contraposición a las otras dos *nuevas medidas*, que me ha parecido observar en las cosas y a que luego me refiero.

Quien ha vivido procurando observar y meditar, se habrá dado cuenta, seguramente, de que existe una *ley evolutiva* que tiende a llevarlo todo hacia la perfección. El niño crece y curiosea por aprender. De hombre encontrará su vida estancada, rutinaria e indiferente, mientras no comprenda y acate esa ley y actúe dentro de su órbita. Desde el momento mismo en que haga algo por sí mismo, aunque sólo sea un poquito a diario, por mejorarse, por elevarse, por desenvolverse, el tedio, el cansancio y la indiferencia por la vida, se terminarán. Vivir se convertirá en algo interesante y bello, en el más fascinador y absorbente de todos los deportes. Es que entonces no sólo no contrariamos sino que ayudamos a nuestro destino y al fin evolutivo de la existencia.

El que ha leído el precioso libro de Maurice Maeterlinck sobre *La Inteligencia de las Flores*, comprenderá y creo que estará de acuerdo con el autor y conmigo, en que esa "inteligencia" es innegable. Maeterlinck —ese poeta exquisito de la naturaleza— que compuso en prosa, a diferencia de nuestro Lisímaco Chavarría, que escribió en verso, ha tenido en ese extraordinario y bello libro una admirable, delicada y tierna serie de aciertos. En los animales esas demostraciones de la inteligencia son mayores y más claras. Ellas van aumentando y perfilándose mejor en las especies, a medida que se acercan al hombre, en el que parece tener la inteligencia la máxima expresión.

Tanto en las especies vegetales como animales inferiores, podría pensarse en un principio que es sólo instinto, el instinto de la conservación, desde el mimetismo de las mariposas y la espina de los cardos, hasta el perfume de las flores carnívoras para atraer su presa y la acumulación de reservas en los hormigueros y colmenares. Todo evidencia que existe ese principio "inteligente" que tiende primero a conservar la especie y luego a hacerla mejorar, prosperar, desarrollar, evolucionar.

Y en cuanto al reino mineral, ¿será posible su estancamiento...? su paralización...? Seguro que no. Sólo que sus transformaciones se han operado en estado natural a través de los milenios, sin posibilidad —desde luego— de que una misma generación pudiera darse cuenta de sus cambios. Pero la vieja teoría de los "alquimistas" parece haber sido verificada por la química ultra moderna, consiguiendo mediante las maravillas de la ciencia las "transmutaciones" —por ejemplo— de los minerales brutos en preciosos en poco tiempo, aunque a un costo tal que sus resultados no son comerciales.

Resulta así, innegable, también —particularmente en el hombre— que el uso y cultivo de sus sentidos materiales desarrolla su inteligencia y los demás sentidos espirituales y que todos en conjunto lo conducen y guían hacia su mejoramiento y elevación, y que vi-

LIC. ANIBAL ARIAS R.
Abogado y Notario
San José, Costa Rica
Teléfonos: Of. 5329 - Hab. 5994
Apartado 1653

STECHERT-HAFNER, Inc.
Books and Periodicals
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.
Con esta Agencia puede Ud. conseguir una suscrición al
Repertorio Americano

vir, colaborando con esta tendencia natural de las cosas y de la existencia, lo hace más feliz, más generoso, más útil.

De todo esto me parece justo y oportuno derivar que existe —en forma irrefutable— otra *medida* que yo llamaría *"auto-determinismo evolutivo"*. Está patente en todo cuanto nos rodea y se manifiesta desde luego con mucha mayor fuerza en la especie humana. Hay un algo que nos habla del auto-determinismo evolutivo de los seres inferiores, de los animales y las gentes. El psicólogo y aun los mortales más comunes, presienten esa medida y dicen del niño: "irá lejos", del profesional: "es competente", o bien del artista: "tendrá el triunfo". A ello no los lleva la sola aparente inteligencia de los así calificados. La maldad inteligente, la inteligencia intrigante y servil, el hurto de ajenos lauros, podrá conquistar éxitos lisonjeros, pero transitorios y perecederos. Uno de mis profesores más queridos —e indiscutiblemente uno de los que más influencia espiritual tuvo en nuestra generación y en mí— don Omar Dengo, de grata memoria siempre, nos observaba en una ocasión, en el curso de una de sus preciosas lecciones sobre Lógica y Debate, que "lo que se encauza conforme a leyes elevadas e inmutables, propende a tener el valor y carácter de éstas".

El localizar y apreciar la medida del "auto-determinismo evolutivo" nos dará de cuanto nos rodea, una idea más precisa y acertada —además del tamaño— de la belleza, la perfección y grandeza de las cosas y los seres.

Esta medida, aplicada consciente e inconscientemente, es la que ha ayudado como ninguna —en mi modesta opinión— a alcanzar las proporciones de la grandeza humana.

Ella es la síntesis de la aptitud, cultivada afanosa, persistente, acuciosa e inteligentemente, hasta producir resultados que invariablemente nos impresionan con las características asombrosas y a veces irreales, del genio y lo sobrenatural.

Finalmente me parece que después de esa *sexta medida*, hay aún otra.

Me refiero a la que suele escapar a los arcanos del hombre y consigue muchas veces permanecer escondida en los designios de la vida y la muerte, del triunfo y el desastre. Ella vive en lo que consideramos la "ironía" del destino, trabajando muy a menudo en forma de "fuerzas ocultas", para revelársenos de pronto en ocasiones, bajo el aspecto de golpes de suerte o de tragedia. Ella alienta a veces el éxito inmenso y ayuda en cambio en otras ocasiones a consumar la espantosa tragedia. Ella palpita en —y precipita la acción— las tragedias gigantes de Ibsen y en los dramas impresionantes de Shakespeare. Está comprendida en el refrán humano: "el hombre propone y Dios dispone". Es en el derecho referida por "la fuerza mayor", y los ingleses la implican al hablar del "hecho de Dios". Tal medida es la *"predestinación"*.

Para los Yoguis que clasificaron los sentidos espirituales en: inteligencia, memoria, intuición, adivinación y trasmisión del pensamiento, esta *sétima medida* —existente innegablemente y con relación a todos los seres y las cosas— no es, sin embargo, un misterio, un secreto tan impenetrable.

Si nos conocemos sincera, profundamente y si además estudiamos con ahinco y cariñosamente la naturaleza, poco a poco se nos va revelando el alma humana de cuantos nos rodean y sus ideas y sentimientos nos van siendo tan clara y nítidamente visibles, que sus propósitos y cálculos no podrán engañarnos.

Conocidas además las fuerzas inmutables de acción y reacción que gobiernan el universo; conocida la existencia de los polos opuestos del bien y del mal; conocidas las leyes de las afinidades y las desafinidades, no sólo la naturaleza nos irá brindando sus pequeños y grandes secretos, sino que —lo que es más importante— ciertas formas de "predestinación" pueden entreverse y aun predecirse. Y al observarla, presentirla, vaticinarla y tomarla en consideración completamos finalmente, las medidas de los seres y de las cosas.

Después de todo, ello no es tan difícil ni imposible. La conciencia individual no es sino un reflejo, una partícula de la conciencia universal, afectada según las "circunstancias" que rodean los seres o las cosas. Lo que tiende a lo bueno, a lo justo, tiene en sí una fuerza espiritual y magnética. Conocida la materialidad de las "circunstancias" que rodean a ciertos seres y hechos y conocido el "auto-determinismo evolutivo" mayor, menor o negativo de esos seres, tendremos una mayor facilidad para comprender, para presentir y apreciar la medida de la *"predestinación"*.

Nuestra vida será aun más interesante y agradable para nosotros mismos; avanzaremos más firme y rápidamente en nuestros buenos propósitos y destino; nos sentiremos mejor guiados y con mayor confianza en nosotros mismos, en el valor de la obra realizable, en la cooperación y digna orientación para los nuestros y nos serán más propicios la dicha y el porvenir, si alcanzamos a comprender y podemos apreciar y usar esta medida de la "predestinación" y si ayudamos lo fasto y combatimos lo nefasto.

Estas breves notas podrían desarrollarse amplísimamente.

Por lo pronto, mi primer objeto es el de suministrar a propósito de las medidas de las cosas, un campo fértil, dentro de los dominios de la filosofía, para el hombre de espíritu sereno y estudioso, que gusta de observar, pensar y prever. Para él pueden servir de alguna guía y ayuda estas medidas de las cosas: alto, ancho, fondo, edad o tiempo, *circunstancias que rodean los seres y las cosas, auto-determinación* y *predestinación*.

Realmente ninguna de esas medidas es "nueva": ellas existen desde tiempos prehistóricos; son compañeras del universo. Lo novedoso y útil reside en su agrupamiento y clasificación, y en que tal clasificación sirva de inequívoca guía y norma para apreciar la identidad y trascendencia de las cosas y los seres. Es éste el aspecto desde el cual el buen conocimiento de las medidas podrá en ocasiones ayudarnos; servirnos a veces de inspiración iluminadora; contribuir quizá a nuestra alegría o aprontarnos tal vez el consuelo.

Raúl Ugalde G.

San José, Costa Rica, A. C.
28 de Julio de 1947.

Apunte al lápiz

(De *Pierre Fostry*).

CANTO A BEATRIZ

(En *Rep. Amer.*)

"Aquel pequeño punto que nos hace tan orgullosos se me apareció por completo, desde las montañas a los mares. Después fijé mis ojos en los hermosos ojos"--Dante.—*La Divina Comedia.*—Canto XXII de *El Paraíso.*

Beatriz, ala de ángel, escultura perfecta,
gracia de alma, elevada, como nunca estaría;
belleza peregrina, canto, dolor, presencia;
ausencia para mí, tu mano, mano fría,
ensaya en esta noche la nota más profunda,
más alta y desolada que pudiera el Nocturno
de Asunción, suspirar desde su tierra eterna.
Hermana mía, solo, en soledad tremenda,
te llamo con las voces que no han de oírse nunca,
te pido con la angustia quebrada, con el sueño
de insomnes noches largas, con la voz de tu casa,
que vuelvas y que siembres la rosa que, vencida,
se cae en espinares de dolencias perennes.

Vuelves, y tu mirada que atraviesa la Muerte,
aclara este paisaje por el que voy transido,
más allá de las fáciles montañas de la suerte,
sobre la eternidad, sobre el precario olvido.
Beatriz, y de nuevo, tus perfiles de en antes,
son míos, y se muestran sobre la tierra, y duran.
Eras dulce. No hay sombra de tu dulzura. Eras
inefable y dorada como el mar y las uvas.
Comprensión infinita. Materno don. Sedante.
Oído aún para el soplo del augurio. Llegabas
y en tu regazo hermano caían esas dudas,
que en mi frente sombreaban presagiosas, tendidas,
y en alarde también, porque tú me esperabas.

Quebrado el verso vivo que sin palabra estuvo
sobre tu frente tersa y en tus ojos, ritmando
junto a tu corazón de aristocracias, junto
a tu alegría sobria y a tu duelo en sonrisa,
volando de tus labios de piadoso hemistiquio,
bañando las fatigas quebrantadas del mundo,
dulce como las aves, tierno como la brisa.
¿Quebrado? No. En la fuerza de tu virtud sabías
que el verso de tu espíritu temblando ascendería,
inmune de la tierra negra que cuaja escoria,
sobre los vientos altos que son la poesía,
más allá de la cólera del corazón opreso
y sobre los zarzales de nuestra travesía.
Oh, Beatriz, hermana, hermana, hermana mía,
lo dijiste al final, cuando en nictalmia, el vaho
de la Muerte señora flotaba en tus pupilas:
la eternidad no es túnel de oscura sombra. Nada
es de temerse cuando su paso estremecido
nos lleva a la ventura de otras luces. Lontano
viajar sin ya más nunca volver ni fatigarse.
Jardines de las flores eternas. Soles quietos
y sin matices secos la plácida verdura.

Pasaste ya temprano por el dantesco muro,
con tu collar de lágrimas y tu emoción de altura.
Tu planta en los tercetos del Alighieri deja
el florecer sin muerte de nuevos retoñares,
dueña ya de la rosa fragante de Rosseti,
Beatriz, la más clara, ya te veo divina!
Dame tu mano, hermana, para salvar la sima,
dame tu corazón, dulce y purificado,
dame tu pensamiento triunfante del destino
y el nardo con que ungiste tus labios en el cielo.
Pero aún habré de andar por la tierra. Otras lunas
han de dorar aquí tu evocación amada,
y otros llantos, surtiendo, o volviéndose adentro,
bañarán tu figura transparente y delgada
que aquí, como en los días de siempre, como nunca,
como en rara esperanza o en adioses estáticos,
como en mitad de vida que cayó sin morirse,
como en luz que cruzara por todos los destierros,
como en mitra quemada, pero nunca sin lumbre,
en la muerte que llevo por seguir a tu vida,
estará, para siempre, en mis días dormida
y en mi sueño ha de alzarse, y en mi voz, para siempre,
tu figura en mi sueño, sin final, desvelada!

Vuelve la vieja casa de umbrosa humildad buena;
felicidades parcas; días de paz; oriente
sin ambición; cultivos de una lealtad serena.
Habíase el dolor atemperado. Habíase
conformado en la diestra de la madre, adquiriendo
esa tristeza suave de los cielos lavados
que dan su tono de oro después de la tormenta.
Y en latido gemelo, llegamos y seguimos,
guiados por la madre, desde su albura intacta,
desde sus ojos, puras esmeraldas sin sueño,
desde su corazón, dulzura entristecida.
Para el Invierno, niño su alma mártir, tenía
la claridad que busca consolaciones, para
la visión azorada de algunas horas, era
su oración fortaleza y su eucaristía...
Como el trigal en tono maduro su cabeza,
su dolor era un grave dolor que sonreía.
Vuelves desde la niña estación, como entonces,
amando ya los versos, las flores y las brisas,
advirtiendo precoces espinas en mis días
para arrancarlas pronto con tus dedos hermanos
y chorreando tu luz con alma en mi ceniza.
Beatriz, inmortales tus alígeros vuelos
sobre el parque en penumbra que anticipó mi angustia,
inmortal tu presagio, inmortales los años
de la huérfana infancia que pasamos unidos!
Dormida para siempre cerca de Elvira Silva,
como nunca me clava su heladez el Nocturno...
Las sombras de las almas. Las noches infinitas
más llenas de tristezas, de lutos y de lágrimas!
Tu estrella de rocío, sin embargo, corona,
mi dolor que alza filos de soledad; tu espíritu,
viajero en mis vigilias, trae frescuras. Llama
tu voz en mí, lo mismo que en tus coloquios fieles,
y ahora poderosa, astral, profunda, como
si la misma voz mía se hubiera trasmutado
y se volviese, luego de los rumbos eternos,
a soplar en mi entraña la eternidad, a darme,
mi otro yo ya devuelto al gran país, la eterna
verdad que sabes ya, oh hermana, hermana mía...!
El limbo de la Noche me ha envuelto Y en la torva
nostálgia, el corazón mil veces se ha oprimido.
Quemándome ha la brasa del Purgatorio, y tengo
ya resecos los labios de incendiada amapola.
Como una mitad mía se fué con tu partida,
y si hubiese sonado, a los remotos ángeles
habría despertado, esa vez, mi gemido...
Pero sé que me esperas con tu túnica blanca,
en tus bucles castaños el laurel prometido
y en tu mano la antorcha de guiarme por suaves
caminales de aurora, por el célico círculo,
donde el Dante asombrado contempló maravilla
que no pudo expresarla con su lengua divina,
donde no hay ni los soles que nos queman, ni el agua
que nos moja y nos hiela o se fuga en la orilla,
donde el tiempo está fijo, sin medida, perfecto,
donde llegan las almas que miraron arriba,
donde estás con tu estrella de diamante y rocío,
que me baña la frente desde allí, mientras lloro,
Beatriz, mientras lloro, y te espero y te escribo.

Augusto Arias.

Quito, Ecuador. 1947.

A UN SOLDADO

Por *David Méofor.*

Estás en las filas, tras de las filas, entre innúmeras filas,
acuartelado, alimentado, ejercitado con precisión símil;
una uniformidad vertiginosa envuelve el globo.

A cada uno de vosotros, incontables,
repetiré una vieja herejía y un callado mandamiento de Dios,
para que sean vuestro tesoro y talismán.

Eres, individuo ante todo, algo único;
alma induplicable, que
jamás fué ni volverá a ser.
Tú eres mente, una imagen divina,
un universo y una eternidad.
Tu alma preciosa es más altipreciada
que todo sistema planetario y estelar.

Aunque eres uno de tantos
entre incontables e invariables filas,
eres personalidad única de tu ser.
Eres uno, como Dios, del que imagen eres, uno es.
Eres lo que eres,
como Dios es lo que es.

¿Para qué tanto ejercicio y disciplina,
tanto madrugar y rudeza
que estampa hombres como con troquel,
que convierte al civil en soldado,
y al hombre en autómata?

¡De dentro tanto rigor y uniformidad
puede salir colmada la plegaria humana!
El derecho a inviolable individualidad
surgirá del cuartel y del vivac.
La negación del egoísmo infecundo
realizará las bellezas del yo más profundo.
El botín del soldado, sus despojos de guerra,
serán libertad para todos, paz duradera.

NOTICIA DE LIBROS

Indice y registro de los impresos que nos remiten los autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Le damos las gracias a don Benigno A. Gutiérrez, en Medellín, por el envío de un ejemplar de *Ají Pique*, epístolas y estampas del ingenioso hidalgo (colombiano) don Antonio José Restrepo. Cómo le aplaudimos al señor Gutiérrez esta compilación sabrosa.

Y como composición propia del señor Gutiérrez, este otro libro:

De todo el maíz. Fantasía criolla, guachaqueada y piscológica, de trovas, levas y cañas,

Qué buen ejemplo el que nos da Benigno A. Gutiérrez, de Medellín, Colombia.

El Lic. don Raúl Ugalde G., amigo servicial, ha puesto en nuestras manos un ejemplar de este precioso libro de Juana de Ibarbourou:

Chico Carlo. 2ª edición. Montevideo.

Son cuentos, recuerdos y emociones de la infancia de la autora. Es una atención de doña Juanita, que mucho le agradecemos.

Otro libro que nos llega con una dedicatoria tan cordial:

Mario R. Vecchioli: *Mensaje lírico*. Santa Fe (Rep. Argentina). 1946.

Lo vamos a leer con mucho gusto.

Con el autor: Ituzaingó 155. Rafaela (Esta. Fe.) Rep. Argentina.

En las Publicaciones de la Unión Panamericana. Educación Nº 131:

Publicaciones infantiles y juveniles. Una encuesta brasileña. Washington, D. C., 1947.

Es una investigación muy completa, muy interesante, que se refiere a las revistas infantiles de mayor circulación en el Brasil. Recomendamos su lectura a los maestros.

Este folleto que nos envía El Conde de Marsal:

Patronato Nacional de San Pablo, para Presos y Penados (del libro *El Ministerio de Justicia. Notas históricas, Organización y Competencia*. Madrid, 1946).

En los finos Cuadernos *Emeté*:

Antonio Vázquez: *30 días en retorno*. Con dibujos de Julio Suárez Marzal.

("En sus páginas, de una autenticidad viva, el caracol del recuerdo urge en resonancias, con la gracia y frescura del primer brote").

Con el autor: Carril Nacional 357. San José. Mendoza. Rep. Argentina.

Editado por la excelente revista *Letras de México*, este libro voluminoso, nutrido:

Poema mío (1920-1944). Por Eugenio Florit.

Nos lo ha remitido Isaac Rojas Rosillo. Apartado 1994. México, D. F. México.

Trascribamos: *Lentus in umbra*.-Virgilio.

En esta América de habla española, invadida por tantas revistas *sin ideas*, señalemos con júbilo la aparición de esta revista *de ideas*, publicación bimestral:

Realidad. Buenos Aires.

En el Consejo de Redacción, preside el insigne filósofo argentino Francisco Romero. Otras firmas muy acreditadas: Amado Alonso, Lorenzo Luzurriaga, Eduardo Mallea.

A la Librería de Trejos Hnos., en esta ciudad. ha llegado *Realidad*; los 3 primeros volúmenes. Precio del vol.: ₡ 5.50.

Juan Antonio Solari: *Edmundo de Amicis y la Argentina*. Semblanza del hombre y el escritor. Bs. Aires. 1946.

Juan Antonio Solari: *Mazzini. La joven Europa y la joven Argentina* y *Echeverría* (en un folleto). Bs. Aires. 1946.

Los ha remitido "La Vanguardia", Sociedad Anónima Editora. Rivadavia 2150. Bs. Aires.

Envío de G. Alemán Bolaños: *Los pobres diablos*. Segunda parte de *Un lombrosiano: Somoza*. 1937-1947. Guatemala, A. C. 1947.

Este folleto se halla en venta en la Librería Española de esta ciudad.

Es obra muy vivida, interesante.

La ejemplar Sociedad de Escritores de Chile promueve lindas ediciones. La que nos llega corresponde al Otoño 1947 y nos obsequia con:

Viajes, Al Corazón de Quevedo y *Por las costas del mundo*. Por Pablo Neruda.

Prosa y verso. Lo hemos de leer luego, con las simpatías del caso.

Atención del poeta cubano Wen Maury (José Wenceslao Maury):

Trágico atardecer. Una novela cubana. Habana. 1945.

¿Quién era el Dr. Edgardo de Farmán?

¿Qué poderoso móvil lo impelió a cometer un suicidio tan extraordinario arrojándose por la borda de un buque en altas horas de la noche?

¿Quién era aquella encantadora mujer del retrato?

Vamos a saberlo.

Cuando pasó por acá —hace unas semanas— nuestra Claudia Lars nos dejó este libro:

Juan Miguel Contreras: *Fruta de Fuego*. San Salvador, C. A. 1946.

Salarrué nos dice:

"Juan Gabriel Contreras, tus voces perfuman como flores escondidas. Tú eres noble y bueno, tu libro es puro y bello".

Y Claudia Lars nos dice: "Al fin es fruta ardiente este pequeño libro que se alzó de la flor del silencio..."

En la Biblioteca Venezolana de Cultura y como de la Colección "Andrés Bello":

Dr. L. Villanueva: *Vida de don Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*. Ediciones del Ministerio de Educ. Nacional. Dirección de Cultura. Caracas. 1945.

Esta ya es la 3ª edición. Se vuelve a leer con gusto y provecho.

Otro libro de don Juan Antonio Solari: *Rivadavia y Los afectos bien nacidos*. Buenos Aires. 1946.

Son glosas históricas.

("En todos los casos hemos procurado difundir los ideales democráticos argentinos, defender nuestras instituciones republicanas y las libertades públicas y... hemos escrito muchas de las glosas que se leerán en estas páginas").

Con el autor estimado: Azcuénaga, 227, Bs. Aires. Rep. Argentina.

Señalemos el libro y el momento:

Cuentos de angustias y paisajes, por Carlos Salazar Herrera. Editorial El Cuervo. San José, Costa Rica. 1947.

Los grabados en linóleo son de Carlos Salazar Herrera.

De este libro se hablará con más cuidado en esta revista.

El notable poeta dominicano Colón Echavarría toca a las puertas del *Repertorio Americano* con estos sones originales:

Tambor de negros. Impreso en Buenos Aires. 1946.

Con el autor: Box 2581. San Juan. Puerto Rico.

Otro poeta, y este es chileno, y muy apreciable, nos busca:

Es Washington Espejo, con su librito *Poemas del Hombre*. Poesías. Santiago de Chile, 1945.

("He querido oír, como en un solo canto, los sones inspirados por el hombre y su dolor").

En las Ediciones de La Carabela, Buenos Aires, 1945:

Cantos de Labrador y Marinero. Por Adolfo L. Pérez Zelaschi.

Nos llegan estos *Cantos* con el corazón del autor en la dedicatoria que nos honra. Así se la agradecemos.

(El mar. El mar. *Anábasis, Libro II*, VIII).

Con el autor: Mariano Acosta, 54. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Una autora cubana: Mercedes Torres de Garmendia. Nos obsequia con este librito de versos:

Jazminero en la sombra. Habana. 1942.

Con la autora: López Serrano. Ap. Nº 85-13 y L. Vedado. Habana. Cuba.

Acojamos este juicio de Alfonso Hernández Cata: "Su acento, su modo sencillo y penetrante me ha producido vivísimo goce".

Los libros útiles: Este, que no ha mucho anunciamos con gusto:

Estudio de la Comunidad. Por Caroline F. Ware. Publicado por el Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico. 1947.

("Este manual se ha preparado para el uso de maestros, trabajadores sociales, funcionarios del gobierno y toda persona que necesite conocer la comunidad en que trabaja para poder llevar adelante sus labores").

Precio del ejemplar: *1 dólar*. Con la Universidad de Puerto Rico, Piedras, Puerto Rico.

ESTAMPA DE WALT WHITMAN

Por *Antonio Montalvo.*

(En el *Rep. Amer.*)

Bajo el mediodía estival, cargado de fragancias marinas, que apenas logran desvanecer los aletazos de un viento agreste; va ascendiendo, sin prisa, la empinada cuesta que lleva hacia Orient Point, en el flanco noreste de Long Island. Ensimismado, no mira, como otras veces, los planos del paisaje, abriéndose, a la hora de su caminata, en nuevas perspectivas, ni escucha, atento sólo al bullente rumor interno, el canto de las olas, medio sordo ya, surgiendo de las rompientes.

Cuando llega al promontorio, cuya arquitectura de paredes basálticas le han formado, como para él solo, una arcada ideal, se detiene, mira al mar, lanza un sonoro resoplido de cansancio, y se deja caer sobre las blandas arenas complacientes. Allí extrae de su bolsillo el primer manuscrito de *Briznas de Hierba*. Apegado a su espaldar de roca, principia, lápiz en mano, a releerlo y anotarlo.

Cuando esto ocurre, quedan atrás años, muchos años de esfuerzo intelectual y de vida, que principiaron para Whitman tempranamente, quizás desde cuando, un niño, entra a los talleres del *Long Island Patriotic*, como aprendiz de cajista o, más bien, desde el *Long Island Star*, en cuyo ambiente se revelan, para él mismo, sus aptitudes de escritor.

Quedan muchos recuerdos, que son obra, vida, emoción, y lucha siempre. Sus balbuceos literarios. Sus días de maestro de escuela en Babylon, Jamaica, Flushing, Woodberry, Whitestome. Sobresaliendo entre ellos, sobre todo, está esa corta época de un año, en la que, fundador y propietario de su propio periódico, el *Long Islander*, recorre en su modesto "buggy", que él mismo conduce, día y noche, por los polvorientos caminos de Long Island, vendiendo su periódico, con la alegría de quien sabe que va repartiendo, en generosa dádiva, el oro de su espíritu.

Más adelante están sus días de Nueva York y su colaboración en la *Democratic Review*, al lado de los más brillantes y calificados valores de ese tiempo: Hawthorne, Bryant, Longfellow, sobre cuya poesía ha de ironizar más tarde, Thoreau, el apóstol vivo del trascendentalismo, crédulo oficiante del idealismo emersoniano, y de míster Poe, a quien admira, intenta imitar, pero a cuya inspiración renuncia también, forzado por la corriente impetuosa de su propia originalidad.

Queda toda una sucesión de periódicos: el *Daily Aurora*, evocando su pasajero dandysmo newyorkino; el *New World* para el cual y en el viejo Tammany Hall, escribe su única novela, de fondo moralizante contra la intemperancia: *Franklyn Evans o el Borracho;* el *Daily Eagle*, el *Crescent* de New Orleans, unido, como el perfume a la flor, a su más bella y romántica aventura amorosa; el *Freeman*, ardido en el incendio de Orange, que no logra, sin embargo, quemar la fe en sí mismo y en su consubstancial ideal democrático. Que no puede expresarlo ni en sus conferencias, ni en su obra periodística, ni en la lucha de los partidos políticos, porque ese ideal, sencillamente, necesita otro cauce de expresión, que era el de su poesía.

Había, recientemente, abandonado su trabajo de carpintero, en el que ayudaba al viejo Whitman, y se había dedicado, de espaldas a toda influencia literaria, a forjar su palabra,

Walt Whitman

(Visto por *Fr. Cotard*).

a encerrar en ella un mundo nuevo, del cual se sabía su heraldo y su intérprete. Homero, Esquilo, Sófocles, Dante, los Vedas, si le ilustran, nada han podido enseñarle. Los mismos Longfellow, Lowell, Holmes, Thoreau, Poe, le parecen, apesar de su americanidad, desarraigados, europeizantes. Busca en su alrededor y no encuentra quién exprese el espíritu y la vitalidad nativos. El sólo tiene conciencia de ser ese hombre. En su alma de titán siente latir toda el alma de su América, todo el emocionante drama telúrico, toda la pujante vida humana. Y siente también el espoleo de la sentencia de Emerson, el sabio y Patriarca de Concord, lanzara en su credo de americanidad: *We will walk on our own feet; we will work with our own hands; we will speak out own minds.*

El manuscrito de *Briznas de Hierba*, que él corrige ahora, al parecer definitivamente, en el promontorio de Orient Point, logrado en una decantación y forja de largos años, atesora lo que él ha querido: la expresión de la tierra y el hombre americanos. Su esencia, su drama y su destino. Para expresarlos, se ha "desembarazado, con mucho esfuerzo, de la poética tradicional". En el más libérrimo y puro verso blanco, amétrico y arítmico, ha vaciado, a través del filtro de su espíritu, un mundo original y nuevo, al menos no revelado en poesía.

Cuando, esa tarde, tras un batallar interno, en el que su cerebro y su alma, conjuntamente, se concentran en la fragua artística, y termina su trabajo, el sol pone rojizos fulgores en las nubes y las olas atlánticas. El mar canta su canción crepuscular. De las campiñas circundantes suben rumores de esquilas y olores vegetales, mezclados al pungente perfume de las marismas. Whitman se ha erguido en la postura majestuosa de un joven dios. El viento alborota su blanca melena bíblica. De pronto, en un gesto de discóbolo soberbio, va arrojando al espacio las páginas de *Briznas de Hierba*. El viento empuja a las hojas aleteantes hacia el mar. El las mira, con sus estupefactos ojos lacustres, huir como una bandada de gaviotas pavoridas, bajo el cielo lleno de extraños estremecimientos.

Quito, Ecuador, 1947.

PEREZ FERNANDEZ Y COMPAÑIA

Escribe: *Pilar Bolaños.*

(En el *Rep. Amer.*)

La Compañía Joaquín Pérez Fernández es caravana artística y escuela. Escuela en dos sentidos: aprender y enseñar lo artístico. Quienes la integran entienden el arte como vínculo de unión entre los hombres, entre los pueblos. Ellos van por América cultivando a América. Aman el continente. Su misión es recoger el arte regional, estilizarlo y escenificarlo. Su jira es peregrinación artística y estudio; identificación con el alma popular de cada zona.

Con ser estupenda, no es la interpretación de lo español lo que interesa; lo que encanta y maravilla es la baraja multicolor de las danzas americanas. Y esa es la misión de Joaquín Pérez Fernández y es grande: tahur que juega con orgullo en la categoría universal del arte, los valores originarios del indio, abuelo emocional de América.

Joaquín es Chile en *La Cueca*, Argentina en *La Danza Pampera* alegre y joven; síntesis de la raza nuestra en las danzas indígenas de Perú y Ecuador.

La danza del alcalde del Cuzco, habla de la unidad emocional del indio al recordarnos las danzas típicas de los pueblecitos indígenas de Guatemala.

Como en una quena, habla en *Terciopelo Negro*, la suave fidelidad del indio ecuatoriano:

"De terciopelo negro
tengo cortinas,
para enlutar mi casa
si tú me olvidas".

El nombre de la Compañía —a pesar del valor personal de Joaquín— resulta en cierto modo impropio por personal: Sofía Knoll, austriaca de fina sensibilidad americana, impone el sello de su talento en la obra común, estructurando el fondo musical; y Toño Guerra que realiza el milagro de hacer brillante a fuerza de buen gusto el más modesto material en sus magistrales decorados y diseños, también marca su huella.

Compañía tan nuestra merece el afectuoso cultivo de los americanos, a ella debemos todos aportar nuestra cordialidad.

Repertorio Americano conforme a su tradición, tenía que acoger la voz amiga de estos cultores de la belleza que logran descomercializar el arte y ponerse al servicio del pueblo.

Joaquín Pérez Fernández en sus Cantares y Danzas de América, recoge y cuida el alma simple de nuestros pueblos.

¡Que nuestros pueblos lo entiendan!

VII-1947.
San José, Costa Rica.

Un digno y fervoroso artista
JOAQUIN PEREZ FERNANDEZ

Por *Juan Liscano.*

(De *El Nacional*. Caracas, abril 17 de 1947).

De él dice Fernán Silva Valdés, el gran poeta uruguayo:

Bailarín Pérez Fernández;
americano;
afinador de colores
como los pájaros.
Tu danza es fiesta de amor
por lo que tiene de humano
y es fiesta de plumas
por lo que tiene de gallo.

Bailarín
el de los pies llameados...

"Tu danza es fiesta de amor"; en efecto, su danza, la que baila con su cuerpo físico como la que piensa y sueña o la que hace bailar a los demás —pues a Pérez Fernández pertenecen creaciones coreográficas y dirección general del grupo escénico que le acompaña— es, esencialmente, acto de amor.

No todos los artistas proceden por amor. Los hay a quienes sólo mueve la razón, la inteligencia o el intelecto (estos últimos son los peores). Los hay a quienes mueve la vanidad, que no el orgullo, puesto que éste es también una forma de amor, de amor a sí mismo. Y los hay empujados por la furia de la vida o por la angustia de la muerte —es decir la angustia de no morir, de ser o hacerse eternos— o por la ciega voluntad de Dios que también puede llamarse destino, signo. (Recuerdo que Tatiana Stepanova —largo junco de alada sangre, llama de negro fuego, furioso cuerpo de la danza— tuvo esta extraordinaria contestación para la pregunta ¿por qué baila usted?, que una vez le formulara: —No sé. Quizás sea la voluntad de Dios lo que me ha hecho bailar). Los artistas a quienes empujan la ira de quemar su vida en aras de la Danza, como en un rito de posesión por la muerte, o el ansia de hacerse inmortales, de vencer el olvido, como en una religión o la desesperación de buscarse a sí mismos, o el amargo orgullo de sentirse únicos, o la soledad o esa oscura, imprecisa, informulable voluntad que puede asir un destino como una leve rama y lanzarlo a los cuatro vientos, proceden siempre por amor.

Porque la ira es amor que se combate a sí mismo; y es amor que quiere triunfar del tiempo y perpetuarse contra el olvido, el ansia de la eternidad; y es amor extraviado, la desesperación, y son amor la soledad, el orgullo y eso de dejarse arrastrar por el grande y poderoso brazo de sombras y de vientos del destino

Joaquín Pérez Fernández baila porque ama al pueblo —a los pueblos todos— y porque se ama a sí mismo, y así como se ama a sí mismo, ama el alma universal del pueblo. Hace, de su danza, la sentencia sagrada de amar al prójimo como a sí mismo. Y cuando baila lo argentino, lo chileno, lo español, lo ecuatoriano, lo peruano o lo nuestro, siempre, siempre es a sí mismo a quien busca en el alma de esos pueblos, y encuentra, para provecho de ese fugaz milagro de arte que es la Danza.

Joaquín Pérez Fernández sueña y quiere apresar en su danza la Danza misma. Y para ello se ha puesto a buscarla a lo largo de los caminos de América. Joaquín Pérez Fernández, de origen gallego, hispánico por lo tanto, guarda de España ese gusto del hombre por lo popular, por lo suyo. Los españoles andan por la tradición como si fuera la ruta del porvenir. Y logran hacer de su tradición una fuerza poderosamente viva, real y en permanente proceso de generación. Es España el sitio donde se tocan, se confunden casi y permanecen en estrecha y armoniosa dependencia el Folklore y el Arte llamado, tan impropiamente, culto. En España los artistas están siempre cerca del pueblo, o el pueblo cerca de los artistas o del Arte. En España el Arte rezuma siempre una sana sustancia popular que le otorga calidad y cualidades absolutamente propias. El Arte, en España, está más vivo que en cualquier otra parte, quizás porque se alimenta del saber popular, que es siempre tradicional saber universal e inteligencia de la tierra, tierra hecha orgánica, Cultura, en síntesis. El Arte español, desde este punto de vista, es el más culto de Europa. El Arte francés es civilizado, por eso tiende siempre a apartarse de lo popular. Me han dicho que el poeta francés Luis Aragón, cuando la Guerra de España, se asombraba y maravillaba de que la poesía de un Alberti, de un García Lorca o de cualquier otra fuese tan bien comprendida y sentida por las masas de milicianos, ante quienes recitaban sus versos. Y es que todo artista español tiene siempre algo de ese aprendiz de saber popular que se dijera Antonio Machado cuando nos prevenía: "Siempre que advirtáis un tono seguro en mis palabras, pensad que os estoy enseñando algo que creo haber aprendido del pueblo".

Joaquín Pérez Fernández

"Escribir para el pueblo", afirmaba Machado el Bueno, "es llamarse Cervantes en España: Shakespeare, en Inglaterra; Tolstoi, en Rusia".

Vengo a decir que Joaquín Pérez Fernández aspira a bailar para el pueblo. Para su pueblo americano. Por ello su empresa no es de poca monta. Es tarea de arte que requiere extraordinaria invención y amor. Joaquín Pérez Fernández quiere bailar para el pueblo porque su danza nace del pueblo. Su danza viene del pueblo y va hacia él, regresa a él, trasmitida por el gesto y el cuerpo físico en los que hacen presa música y amor. Joaquín Pérez Fernández nutre su arte del Folklore americano y español, pero no es él un folklorista. Tampoco un imitador de formas de danzas populares. Aspira a ser danza misma dentro de la esencia universal de las danzas populares. Por los caminos de las formas aparentes, regionales, locales, quiere adentrarse en el sentido más recóndito de la cultura de los pueblos que interpreta. Quiere ser el intérprete del alma colectiva de los pueblos que visita y a los que se acerca. Su mensaje, su llamado de gracia lleno, su visión, toman impulso en lo popular, crecen hacia un destino individualizado y, florecidos, regresan al lugar de origen. Por ello su danza gira en torno a un sino de lealtad pura para con los pueblos que brindan a este artista las delicadas arquitecturas de sus expresiones coreográficas mediante las cuales se encuentra a sí mismo. Hay un pacto de poetas en trance de belleza, entre este bailarín y el pueblo que danza. Un pacto tácito que atestiguan las estrellas, el viento, los árboles, los arroyos: la tierra, en fin, hecha humanidad y mundo. Y ese pacto nos lo ha traído de nuevo a Venezuela, donde ya estuviera durante el año de 1944. Joaquín Pérez Fernández, regresó a Venezuela a cumplir su compromiso para con el pueblo que le diera los pasos de sus joropos, los aires y las palabras de sus cantos, la delicada estructura floral de sus décimas, el llanto libertado en las músicas de velorio. Este grande y digno y fervoroso, y leal artista ha regresado a Venezuela para devolverle a nuestro pueblo todo el milagro de su danza, hecho ya destino de arte, memoria y tiempo conquistado, para nuestros ojos y nuestro corazón.

Joaquín Pérez Fernández: Tu danza es fiesta de amor por lo que tiene de humano. Que ella limpie nuestra triste tierra con sus aires y alegre y llene de bondad generosa el alma de nuestros hombres, tan urgidas de ellas.

Sólo unos minutos...

(En *Rep. Amer.*)

Varias personas penetraron en el ascensor. Arabella iba de penúltima, y al tomar sitio dirigió una mirada de curiosidad a sus compañeros. Gentes elegantes que subían a sus habitaciones a mudarse para la cena, muchachas lindas y acicaladas que regresaban del paseo de la tarde, hombres de negocios, algún Don Juan presumido y ridículo. De soslayo, por entre las largas pestañas, Arabella miró a su compañero de la derecha. Rápidamente miró su perfil sereno, su firme mentón, su elegante silueta varonil. El hombre que fué su primer amor y que luego, a través del recuerdo, siguió siendo su más grande amor, mezcla de ternura y de desesperanza, estaba allí a su lado. Arabella retuvo un suspiro. ¿Quién ha-

bría de decirle que el destino —o Dios, ¿por qué no?— cogiéndolos de la mano, los pondría juntos en aquel ascensor? Mil recuerdos se agolpaban a la mente de la bella mujer. Carlos, que estaba ahora a su lado, silencioso y abstraído, fué su amor de primera juventud. Un amor primaveral, lleno de ingenuidades, fresco y lozano como flor de orilla de río. Un día cualquiera Carlos cambió aquel dulce ensueño por otros amores, y Arabella sufrió en silencio la traición. Pero su amor continuaba intacto, fresco como flor de orilla de río, refrescado por sus lágrimas; alimentado por una esperanza que ella sabía que nunca habría de raelizarse, pero que se resistía a morir. Nunca sintió odio en su corazón, ni ninguna otra pasión mezquina. Pensaba en Carlos como en el que se fué, como en un muerto, como en algo muy lejano. A menudo, sí, una duda la atormentaba: "¿Se acordará de mí alguna vez? Y si me recuerda —pensaba— ¿será con ternura, con remordimiento, con fastidio?"

Ella sí le tenía presente a diario. Todo le recordaba al ingrato, y sus gestos, sus palabras, sus miradas, estaban grabadas en su mente y en su corazón. Al florecer las magnolias lo recordaba diciéndole una vez: "Mira qué hermosas flores te he traído. ¿Las conocías tú? En mi patria no las hay".

¿Recordaría él, cuando viera florecer las magnolias, aquellos momentos? Y cuando a sus oídos llegaron al acaso las melodías de *Madame Butterfly*, la ópera que tanto le gustaba a él, ¿recordaría que era la música predilecta de ella? Y cuando leyera al azar algunas páginas de *María*, de Isaacs, ¿recordaría que juntos habían comentado la tierna historia, y que mutuamente se habían confesado que derramaron lágrimas al leerla por vez primera?

El ascensor se detuvo para dar salida a unos huéspedes y recibir a otros. Carlos seguía inmóvil a su lado, y Arabella, en aquellos segundos que iba viviendo intensamente, sintió agolpársele nuevos recuerdos: Era ahora cuando hablaban de su futuro, cuando se casaran. Tendrían una casita, nido de dulzuras, rodeada de jardines.' A ambos les gustaban tanto las flores! Desde sus balcones se vería el mar, que tanto amaban los dos.

El solía hallarla un poquitín anticuada, pero de una manera deliciosa, pues a Arabella no le gustaban ciertos modernismos.

—Acabarán por gustarte muchas cosas —le decía Carlos algunas veces, medio en broma.— Por ejemplo, la música y los bailes de mi país, que ahora hallas de mal gusto y hasta vulgares. Cuando sean los carnavales te llevaré a ver las comparsas, y sentirás la contagiosa alegría de esas fiestas.

Alguna vez ella sentía dudas acerca del porvenir.

—Tal vez te olvidarás de mí —había insinuado temerosa—. Y cuando acabe lo nuestro te reirás de mis tonterías.

—Cuando acabe lo nuestro —había respondido él muy serio— seremos los dos tan viejos que no me acordaré de ninguna tontería tuya. Y le había besado suave y largamente la palma de la mano.

Algunas veces veían fotos de la tierra de él, y Carlos le iba describiendo algunos lugares de la ciudad.

—Para que vayas conociendo, al menos en fotografía, la ciudad en la que habrás de fijar tu residencia. ¡Dios lo quiera! —le había dicho una vez. Ella le había descrito su pueblo.

"SELECTA"
La Cerveza del Hogar
EXQUISITA Y SUPERIOR

—Es pequeño y feo, pero lo quiero mucho. Tú te aburrirías en él. Hay un bello bosque de bambúes, y es grato pasear a su sombra. Dí, ¿te gustaría pasear allí conmigo?

—No sólo en solitarios paseos me gustaría acompañarte, sino toda la vida.

¿Recordaría Carlos —se decía ella a menudo— esas frases, cuando viera, al azar de sus viajes, la sombra de los rumorosos bambúes? ¿Cómo saberlo? Era para ella una obsesionante tortura querer saber si aún ocupaba su mente, ya que no en su corazón, algún pequeño lugar.

Nuevamente se detuvo el ascensor. Entraron tres personas y como nadie salió, el espacio se redujo. Sin saber cómo, Arabella se sintió apretada junto a Carlos.

—No, no es un sueño lo que estoy viviendo ahora —se dijo al sentir, a través de las ricas pieles que la envolvían, la presión del cuerpo de él. Tuvo un loco deseo de posar su blanca manita sobre la enguantada mano de él, que estaba tan cerca. Sintió, también, un irresistible deseo de gritar su emoción, su alegría de sentirse cerca de él. ¡Carlos, Carlos! —exclamaba su corazón latiendo tumultuosamente, y sus labios pugnaban por repetir la exclamación. Pero se contuvo. ¿Qué dirán aquellas personas que estaban a su lado? ¿Y qué diría Carlos? Arabella permaneció quieta, silenciosa, ahogando el tumulto de sus impresiones, al lado de Carlos, que en esos breves minutos que tardaba el ascensor para subir, no se había movido. Arabella llegó a su piso. Salió del ascensor, dió algunos pasos y se detuvo ante su puerta.

—¿Venías nerviosa en el ascensor? —dijo a su lado, con tierna inflexión, la voz de Carlos.

—Un poquito apenas —asintió Arabella, sonriendo detrás del tenue velillo de su sombrero.

Y mientras Carlos abría la puerta, agregó ella con risueña emoción:

—Había razón, ¿no crees? Era esta la primera vez que subía a este piso con el que desde hace apenas una hora es mi marido!

Myriam Francis.

Cartago, Costa Rica,
Agosto de 1947.—

POESIAS
de Rosario de Padilla

(Atención de la autora)

LA ESFINGE DEL AMOR

Era mi vida pura cual diáfano penacho
Era mi risa alegre, manantial de cristal,
Era mi cuerpo esbelto cual palmera del trópico
Eran mis ojos dulces con luz de derpertar...!

Soñaba con las tardes cubiertas de celajes
Amaba las mañanas bañadas por el sol!
Y las noches serenas coronadas de estrellas
Filtrábanse en mi alma llegando al corazón!

Gustábame ataviarme... Tocaba la guitarra
Cantábale a los pájaros con toda mi pasión!
Corría por los campos en busca de las flores
Para adornar mis crenchas, y darles suave olor...

Era feliz entonces, en una tarde efímera
Dios misteriosamente te puso en mi camino...!
Te amé intensamente; se encendió toda mi alma,
Y tuvo colorido mi vida y mi destino.

Mas no todo es dulzura; hay un poco de llanto
Alguna nubecilla nubló mi fantasía...
Al ver el sol grandioso muriendo en el ocaso
Se fué en mi paraíso la paz y la alegría...!

Pero un día me dejaste naufragando en la vida!
No alcancé mi quimera y murió mi ilusión,
y ni el polvo siquiera que dejaran tus huellas
Me dejaste; ni eso, sólo llanto y dolor!

Y fué mi vida lágrimas, y fué mi risa mueca,
Y fué mi cuerpo tronco doblegado al dolor...
sólo mis ojos fueron serenos, y más tristes
al sepultar en ellos la esfinge del amor...!

Q U E J A

"Alma mía comprensiva
"no me vengas a turbar;
"mira que estoy en retiro,
"vete, y déjame soñar.

"Anda al jardín del ensueño,
"a las flores, al palmar,
"donde están las rosas rojas...
"vete, vete a libar
"todo lo dulce que encuentres
"y llena de miel vendrás...!"

Mi alma partió sin enojos,
oí lejos su aletear,
mi cuerpo quedó en la sombra
mis ojos sin luz están
y mis manos quietas, pálidas,
no pueden acariciar...!

Entonces, llamé a mi alma:
Vuelve otra vez... ¿Dónde estás?
Mi cabeza está vacía!
y no quiero ya pensar.
Eres tú mi complemento,
sin ti no puedo soñar...!
Traeme toda tu dulzura,
Ven, que te quiero abrazar!

Ella se acercó despacio,
mas no me quiso mirar...
Sus ojos llenos de lágrimas
clavâronse en el cristal
y la ventana hermanaba
con ella su hondo penar...!
Sus vidrios goteaban quedo
voltié a verlos sollozar,
y una sonrisa muy honda,
le dirigí al ventanal...!

SUEÑO ALADO

Me remonté al Cenit ebria de altura
encendida la luz del sentimiento
volé... volé arrastrando mi amargura
los astros desafié del firmamento.

Así llegué, audaz en mi locura,
cerré los ojos y cambié mi acento;
el destino acogió mi desventura
y me perdí en los ámbitos del viento.

Mas sentí que al llegar mil chispas de oro
cegáronme al instante mi decoro
humillado quedó... Voló el anhelo.

Desechê una a una mis querellas
tuve grandes amigas las estrellas
y la luna sonrióme desde el cielo.

AMANECER

Todo es alegre en el monte!
Todo es alegre en el campo!
—Mira! el sol sobre los cerros
cómo se mece bailando!

Los pájaros acompañan
con su música de sabios.
—Hay chirridos en los huecos!
Los reptiles y los sapos,
quieren unirse a la orquesta
y en el pozo están las ranas croando!

Las mariposas vestidas
con los colores más raros
son las reinas de la fiesta
no se cansan de dar saltos!

Y hasta el agua del remanso
al chocar contra las piedras
hacen un compás de tango...!

Todo es alegre en el monte!
Todo es alegre en el campo...!

Si en la ciudad de Panamá quiere usted una suscrición a esta revista, pídala a

MAURICIO VERBEL G.

LA ANTIGUA Y ACREDITADA CASA

MARCOS Y ESPEJOS "LLERANDI"

(Esquina Diagonal a la Biblioteca Nacional)

LE RECUERDA que, como siempre, tiene para Ud.

CUADROS con finas láminas suizas,
MARCOS con molduras nacionales y extranjeras,
ESPEJOS de distintas formas y medidas,
PORTARRETRATOS en vidrio, cristal, cuero, plástico, dorados, tallados y calados.

Para su regalo, le ofrece SUVENIRS del país y de fuera, así como óleos, acuarelas y tallas de distintos artistas.

Asimismo, se encarga de replatear espejos manchados y de restaurar marcos artísticos antiguos.

Teléfono 4688 — San José, C. R.

JARDINERO, ¡TENGO SED!

Jardinero de ojos negros, ven a regar mi vergel
están las rosas marchitas, y los geranios también.
Sus pétalos se deshojan, porque tienen mucha sed
Dadles agua, dadles agua, jardinero es tu deber,

Jardinero de ojos negros, ven a regar mi vergel.

¿Por qué, Señor, has deshecho este huerto de placer...?
Hoy es árido sendero, sin aves, flores haced
que esta tierra ya reseca vuelva pronto a florecer.
Ya no hay sombras, ya no hay césped, y las abejas
se han ido a libar lejos la miel...!

¡Manda acíbar de tus vides!
¡Mándame agua de tu edén!

Miré llorosa: la tierra, perlaba en gotas mi sien
Y de pronto en todo el huerto
brotaba agua por doquier! En surtidores de plata,
se bañaba mi vergel...

Jardinero de ojos negros, mira mis rosas de ayer
están lozanas y frescas, tú les diste de beber!
Has revivido mi senda con el milagro al verter
tu cántaro en mis rosales, que hoy han vuelto a florecer.

¡Jardinero de ojos negros, es de los dos el vergel...!

Costa Rica, 1947.

EL PODER HIPNÓTICO

Por *José Moreno Villa*

(De *El Nacional*, México, D. F., junio 29 de 1947).

He subrayado en mi artículo anterior el poder hipnótico en los dos obreros intelectuales llamados Unamuno y Ortega Gasset desde la tribuna, de oradores. Como alguien pudiera unir el concepto hipnotizar con el de embaucar, que se toca con el de engañar, prosigo.

La fuerza hipnótica que se desprendía de estos ejemplares humanos será, como tal fuerza, idéntica a la de los embaucadores; pero los fines que ellos se proponían eran altos, nobles, mientras las de esos otros son viles, bajos. No discuto aquí el acierto o desacierto de sus doctrinas o posiciones intelectuales o políticas; digo solamente que nos embelesaban al hablar, como nos embelesaba Galdós con sus novelas. Sus fuerzas hipnóticas nos conducen el alma a un ámbito donde queda absorta, incapacitada para moverse por sí misma, sometida gozosamente al poder mágico de las palabras.

Pero diré más: diré que sin esta fuerza hipnótica no hay obra de arte. Es decir, que no sólo se manifiesta en la oratoria o en la novela, sino en la verdadera poesía, en el verdadero teatro, en la verdadera pintura, en la voz del cantante, y en la faena del buen torero. Es un poder de captación que, por no estar al alcance de la mayoría, nos parece cosa de magia.

El poder hipnótico, al igual que la sim-

patía, el gracejo y la imaginación diríamos que pertenecen a los dones del Espíritu Santo; que los traemos como traemos tal sangre, tales ojos, y no hay nada que hacer; no hay nada que hacer para ganarlos; no se adquieren en la Universidad, en los libros ni en el mercado negro. Sus contrarios —la antipatía, la pesadez, la mala sombra— la falta de imaginación, son congénitos también, pero, en vez de dones del Espíritu Santo son mordeduras (mordidas diríamos en México) del Demonio a la hora del nacimiento. Al "esaborío" le mordió Satán el noventa y nueve por ciento de la gracia espiritual, y el uno por ciento se lo llevó el partero entre las pinzas. Porque supongo que salió con forzador o forceps.

Hay verdad en eso de que Dios mira con buenos ojos a unos y a otros con malos. Ya lo hizo con Caín y Abel. Pero también es verdad que a unos les toca la china porque sí y a otros no. Todavía es difícil averiguar cuántos factores y de qué clase son precisos para que unos salgamos así y otros asados (o fritos); unos, gentiles y otros pesados. Nacemos con suerte o sin ella, decimos; pensando que la lotería manda también en los nacimientos.

El poder hipnótico de Unamuno era de tipo africano; por esto se le llegó a ver como un "santón". Sus preocupaciones fundamentales, su tono trágico, su vida de apartamiento y soledad y su sentido religioso contribuyeron a verle así, a tenerle por tal. Me contaba mi amigo Luis Alaminos —hombre que debería escribir, porque lleva muchas cosas en la conciencia— la fenomenal expectación promovida por la llegada de Unamuno a Santander durante uno de aquellos cursos ejemplares celebrados los veranos por las mayores eminencias europeas. Me contaba que el arribo de tal filósofo, de tal filólogo, matemático, o historiador de alto prestigio, pasaba sin que nadie se diese cuenta; pero que la llegada del "buho de Salamanca" fué esperada con avidez por grandes y chicos desde semanas antes, y que al llegar la hora, toda la población intelectual se aglomeró en la lengüeta de la península donde estaba la Universidad de verano y, arrimándose a él, le tocaban los hombros y las mangas como a los seres maravillosos, para ver si era de verdad. Que esto lo haga la multitud con el torero del día es comprensible y corriente, pero que lo hagan los primates del saber internacional, y con un trabajador de ideas, es cosa rara y conmovedora.

Es cierto que Unamuno cultivó muchas cosas espectaculares o teatrales, lo mismo en lo intelectual que en la indumentaria. Se ha divulgado que al poco tiempo de residir en París, durante su destierro por la Dictadura de Primo de Rivera, salieron a los bulevares algunos imitadores con chalecos y chaquetas salmantinas, "a lo Unamuno". En lo cual vemos que este hombre grande cayó en la pequeñez de "hacerse un hábito", como tantos infelices que se imaginan grandes músicos o poetas por dejarse bravíos los cabellos o plantarse un chambergo a lo mosquetero.

Y en lo intelectual tenía cosas parecidas nuestro Don Miguel. Me refiere Alfonso Reyes que, acompañándole una vez por París y encaramados en la Torre Eiffel, Alfonso le iba mostrando o señalando con la mano esto y aquéllo, los sitios y las cosas más evocadoras, y que Unamuno se enjotaba en repetir: "¡Gredos!", "¡Gredos!", como anulando cada evocación o punto señalado. ¿No se revela en este detalle un poco de teatralidad o de farsantería?

Y ya que he dicho tanto sobre su trabajo, su fuerza hipnótica y su teatralidad, cerraré con su "juego". Porque, si no supo reír, supo jugar; aunque a un juego muy seco: el de hacer pajaritas de papel. Juego individual, que cultivó con el rigor de un lógico, desprendiendo o sacando una forma de otra, y llegando a escribir un tratado que llamó *Cocotología*.

CAOS

(En el *Rep. Amer.*)

A Román Jugo, Hermano en Ideales.

En un mundo caótico y convulso
—cercado por el Odio y la Miseria—
el hombre hoy indefenso y sin recurso

se agita entre las ruinas de la tierra,
con un gesto de horror en el semblante
impreso por la Hecatombe de la Guerra

que sembró por doquier un hondo duelo
y dejó sin amor, sin pan ni abrigo,
a millares de seres que en su suelo

disfrutaron de bienes sin medida
y gozaron de calma y de ventura
hasta tanto haber sido oprimida

la Europa por el Terror de la tortura.
La inquietud los espíritus domina;
no se vislumbra aún en la negrura

el Iris de la Paz con sus fulgores
y se perfila más bien torva y dañina
la Guerra con su séquito de horrores...

El Mundo está poblado de gemidos;
las Potencias del Mal desenfrenadas
recorren como Monstruos enardecidos

los confines de todo el Universo
y al eco de sus lúgubres pisadas
resucita el Rencor, mudo y perverso.

¿Hasta cuándo esta cruel incertidumbre,
esta angustia letal que nos devora
y lleva al alma intensa pesadumbre

y el temor de la duda y desconfianza
de alcanzar una paz completa y cierta,
libres ya de la malévola asechanza

que nos lance de nuevo al torbellino
de sangrientas contiendas homicidas
y malogren de la América el destino

de ofrecer al hombre venturanza,
sin sacrificios estériles de vidas,
impuestos por la Envidia y la Venganza!

Mauricio Verbel G.
(Fausto).

Ciudad de Panamá, 1947.

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

Consulta por cita

Oficina en San José

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopía

Octavio Jiménez A.

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: 25 vaars al Oeste de la Tesorería de la Junta de Protección Social

TELEFONO 4184
APARTADO 338

EJEMPLO URUGUAYO

Por *Fermín Peraza.*

(*Envío del autor.* En La Habana. Agosto de 1946).

Procedente de los Estados Unidos, después de servir como consultor en bibliografía uruguaya en la Bibilioteca del Congreso, de Washington, D. C., arribó por sólo tres días a Cuba el director de la Biblioteca Nacional del Uruguay, doctor Juan B. Silva Vila, tan conocido en América por su obra literaria como por su aporte al mejoramiento del servicio de bibliotecas, organismos indispensables a las tareas actuales del progreso en sus múltiples manifestaciones.

Con los lauros frescos de su premio nacional de poesía, el doctor Silva Vila fué llamado a dirigir la Biblioteca Nacional del Uruguay en 1943. La obra era ardua. Había que hacerlo todo, desde el edificio hasta la clasificación y catalogación de los libros. Empezó por no aceptar el cargo si no venía acompañado de la promesa de poner en sus manos los recursos necesarios para hacer de la Bibliteca Nacional del Uruguay algo así como un modelo a seguir por las demás naciones de Centro y Sur América. Y los recursos fueron dados. Tres millones de pesos coronarán la obra del moderno edificio de la Biblioteca, con cuya inauguración rendirá tributo el Uruguay de nuestros días al que vivieron los fundadores de la nacionalidad, a su proceso cultural laborioso, cuando este taller de la cultura quede inaugurado en el aniversario de la independencia del próximo año.

Pero la biblioteca no es sólo edificio. Es técnica interior, interpretando el primero de los servicios sociales modernos. Por eso Silva Vila no sólo pidió un edificio a su gobierno, sino la plena independencia para elegir los empleados de la misma, entre los que habían concurrido a los cursos de especialización ofrecidos en el país, bajo la dirección experta de nuestro buen amigo Arthur E. Gropp, al igual que hizo Jorge Basadre, en el Perú, al hacerse cargo de la Biblioteca Nacional después del incendio.

Con estas precauciones, la Biblioteca Nacional del Uruguay está atendida actualmente por un cuerpo idóneo de 25 catalogadores y más de 54 técnicos en total, cuyo número espera elevar su director a más de cien en el

próximo año, al objeto de que no ingrese en el nuevo edificio un solo libro que no esté encuadernado y debidamente catalogado.

Para ello cuenta la Biblioteca con un departamento auxiliar de imprenta, en el cual, al igual que la Biblioteca del Congreso, imprime sus fichas catalográficas. Estas fichas serán distribuidas a las distintas bibliotecas del país, facilitando el servicio de las bibliotecas y haciendo más rápida la obra del bibliotecario, al mismo tiempo que más fácil al lector el familiarizarse con las fichas de los catálogos. Los bibliotecarios de provincias recibirán los libros con sus tarjetas impresas, y el lector disfrutará de catálogos uniformes en las distintas bibliotecas de su país.

La obra de Silva Vila tiene su complemento en la Universidad, su antecedente en la Asociación de Ingenieros del Uruguay.

Por iniciativa del ingeniero Federico E. Capurro, presentada para celebrar el cincuentenario de la ingeniería uruguaya, esta Asociación inició en 1943, bajo la dirección de Arthur E. Gropp, la organización de cursos anuales de Ciencia Bibliotecaria, colaborando con el director de la Biblioteca Artigas-Washington, su señora, Dorothy Ceddes de Gropp, y la señorita Jeanne Williams. Tres años trabajó la Escuela en esta forma, hasta que el mismo Capurro, senador de la República, presentó al Congreso el proyecto de ley, incorporando a la Facultad de Ciencias Económicas de la República, la citada escuela, donde se graduaron, en sus tres cursos, 102 bibliotecarios, de los cuales ha tomado la Biblioteca Nacional su personal técnico actual.

El 14 de Agosto de 1945 fué aprobado el proyecto de ley de Federico E. Capurro, y por primera vez en el Continente, fuera de los Estados Unidos, un estado de América dejó establecida en su Universidad Nacional una Escuela de Bibliotecarios, elevando estos estudios al justo rango del servicio social que a ellos encomienda la convivencia civilizada de nuestros días. El senador Capurro relató a sus compañeros del Senado las experiencias de un viaje a los Estados Unidos, quedando impresionado por los servicios que prestan no ya la prodigiosa organización de la Biblioteca del Congreso, sin disputa la mejor del mundo, sino todas las bibliotecas diseminadas en el país; lo que le hizo pensar en los trabajos que otros países de América como Argentina y Perú vienen realizando para mejorar sus bibliotecas, y pensar en su Patria, decidiéndose a presentar el proyecto de ley pidiendo la creación de la Escuela de Bibliotecarios en la Universidad, con vista de los magníficos resultados con ella obtenidos en sus tres años de labor independiente, porque, dijo: "Debemos empezar por mejorar los servicios mediante la ocupación en las tareas bibliotecarias, no escogiendo dos o tres personas competentes sino todo un cuerpo de funcionarios instruídos, hombres con sólida preparación dispuestos a emprender, en colaboración todo lo que dejo expresado". "De nuestras setecientas bibliotecas hoy aisladas, sin significación colectiva, débiles en sus esfuerzos individuales, debe surgir una vasta acción común que, construyendo y fortificando un núcleo central y vivificando todas las ramificaciones, desarrolle la extensión cultural que le es propia, amplia e intensamente, muy por arriba de lo que hoy disperso y fraccionado, se ahoga en su aislada y mezquina pequeñez; y la base única e indispensable para alcanzar tal finalidad, es la escuela".

¡Cuánto tiene que aprender Cuba de esta actitud del Uruguay para no quedar rezagada ante el movimiento progresista de la cultura continental! Ni biblioteca ni museo nacionales tenemos. Las instituciones culturales, que debían exaltar nuestra cultura, la que paseó Martí por todo el Continente, a la que Finlay y Varona dieron relieve universal, lejos de afianzar la República en cimientos de eternidad, parecen mostrarla como una endeble armazón, incapaz de ocupar el puesto que por su tradición histórica le corresponde ante los imperativos epocales de nuestros tiempos.

ANTONIO URBANO M.
EL GREMIO
TELEFONO 2157 APARTADO 480
ALMACEN DE ABARROTES AL POR MAYOR
San José, Costa Rica

Le vendemos una
REMINGTON
grande, silenciosa, randa nueva.
Precio: ₡ 1.200
También le vendemos un piano
STEINWAY
Magnífico estado
Excelentes voces
Arpa de acero
Precio: ₡ 3.000
Están a sus órdenes en la oficina del
Repertorio Americano
Teléfono: 3754
50 vrs. al E. del Teatro Nacional.

HABLA MOSCÚ

Por *Fernando G. Campoamor.*

(*Envío del autor.* En Artemisa, Cuba, 1947)

Lectura en la "Exposición Moscú", Capitolio Nacional.

Fué en junio de 1941 y no hemos de olvidarlo. Fué en junio, el día 22. Hitler hollaba la tierra de Europa como un cerdo repleto de sangre. Madrugando, —aun visibles las estrellas que estrenaban el verano septentrional — aprovechó la noche breve para pegar su pistola a las espaldas de la Unión Soviética.

Lo que vino después, tampoco hemos de olvidarlo. Murieron en su puesto los centinelas, bajo el poderío de las divisiones motorizadas; murieron las avanzadas del Ejército Rojo bajo la traición de las bombas aéreas. De sorpresa, se abrieron paso los pardos desde Grodno a Brest, desde Kaunas a Vilna, hasta Minsk. Habló el Jefe soviético: "Es cuestión de vida o muerte". Habló Elías Erenburg: "Aun se puede vencer y vivir. Puede ser que mañana nos quede sólo una solución: vencer o morir".

La swástica caminó sobre campos húmedos, sumergiendo las barcas y achatando con los tanques de acero las flores del lino. De un asalto llegaron a Smolensk. Decían ellos que iban a Moscú, y Moscú les esperaba para darles buen recibo.

De nadie podían temer los rusos, que habían tejido el cañamazo de su historia rechazando a diestra y siniestra la ambición invasora. Muy atrás —en el siglo XII, en el XIII— se las vieron a pulso con los propios alemanes, que entonces eran una manada de fantasmas, en túnicas blancas, con escudo, cruz, espada, y una cota de malla desde la cabeza hasta los talones. Salieron desnudos.

En 1612, al grito de "¡Moscú, Moscú!", los jinetes bravos de Kusmá Minin, a nado sobre las aguas lacias del Moscova, sacaron del Kremlin a sus violadores. Y dos siglos después fué Napoleón el loco de turno. Como Hitler ahora, arracimó tropa mercenaria y sin declarar la guerra entró por la vía de Smolensk. En pañales, con los cueros pegados a los huesos, el corso vió ahogar sus residuos imperialistas en las aguas del río Beresina.

El Tercer Plan Quinquenal quedó detenido por el ritmo forzado de la guerra, y los pueblos de la U. R. S. S. se impusieron un horario de 24 horas. Moscú, con tenazas por el norte y el sur, era un pecho agitado, humeando a la par con los obuses enemigos y las baterías de la plaza. Cavaba zanjas en sus arrabales, removía piedras, encapsulaba pólvora, oía los mandos y esperaba —como siempre — sereno y confiado. Moscú creía en el mariscal Stalin, que no dejaba el Kremlin en aquel cerco de fuego.

El Buró de Información de Berlín dió al cable la noticia: "La ofensiva contra la capital de los bolcheviques ha llegado tan lejos, que ya se puede ver el casco de la ciudad con unos buenos prismáticos". Pero Stalin —guerrera guateada, rostro firme— dió la orden que

los moscovitas confiaban oír: "¡Ni un paso atrás!"

Cuando el año se despedía, fueron quebradas las puntas de la herradura nazi que ilusionaba degollar a Moscú. Todavía una vez más, recurvando por el este, Moscú les llegó a las pupilas impacientes, sin que pudieran meter las uñas.

Ese Moscú curado de toda muerte, inmortal, defendido a mano sangrante por las milicias socialistas, es una estrella de cinco puntas que nunca perdimos en los cielos más encapotados. Porque hay capitales que son símbolos. Madrid lo fué, en la ponzoñosa pelea de los españoles. Y un hombre como Antonio Machado —sin filiación de partido— advertía en las horas más turbias: "...la abnegada defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me conmueve, pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre y la paga". Moscú lo fué, en grado mayor, porque allá alzábamos la última trinchera frente al fascismo. Y también triunfó Moscú. ¡Cómo no había de triunfar, si era el músculo del devenir histórico, si era la vida en un mundo yermo, si era el pan y la letra de la libertad jugados a una carta final!

Un día Goering dijo que la aviación soviética había desaparecido del aire. Otro, Goebbels garantizó que el frente estaba roto. Gayda —el sabueso italiano— se permitió anunciar la caída de Stalingrado, y un miserable de menor talla, Franco, voceó a las Américas la hazaña de las camisas azules falangistas entrando en la Plaza Roja. Mentira sobre mentira, iban ocultando las bajas que la Unión Soviética talaba a diario como quien corta maderos podridos.

Al paso del tiempo, los censores de la prensa amarilla no tenían imaginación para explicar a sus clientes el milagro de unos paños rojos flotando sobre el Berlín del milenio nazi...

Para esterilizar de una vez la mentira, aquí está en presencia que nos llega por los ojos, la realidad de Moscú, que es realidad soviética. Habla el lente mejor que toda oratoria, con imágenes que nadie puede timar, con estadísticas escritas en números y rebeldes en su estricta verdad a la falsificación de cualquier fanatismo.

Viene Moscú a decirnos lo que ha hecho por la cultura, que es arma fundamental, arma clave del socialismo. Viene Moscú a destapar, a contracanto de los que han mentido durante 30 años, su cara ilustre de largos esfuerzos. Y es con la palpitación de su urbe que nos entrega la honda razón de los pueblos soviéticos, salidos para siempre de la servidumbre agraria —sobra de terratenientes, jornal de gleba, sopa de col y culata de carabinas zaristas— hacia el logro industrial de la planificación que ha llevado la electricidad y el maestro al codo más remoto de la Siberia.

Máximo Gorki, siempre atento a sus gentes rusas, escribía antes de morir: "Bajo el impulso de la nueva técnica agrícola, desaparece el espantoso atraso de la campiña, con su servil sumisión a las fuerzas de la naturaleza, su inconsciencia y su resignación animal al destino". En efecto, sobre las viejas tierras del latifundio, lastradas de miseria física, de analfabetismo y superstición, aradas por siglos con trozos de pino, ha echado raíz el *koljós*, con técnica mecánica, escuelas y plan científico. 19 millones de granjas individuales —el 97 por ciento de la economía campesina— ha dicho adiós a los tiempos de las *isbas* primitivas, covachas donde el hambre alternaba con los rezos.

Desde el Kremlin, Lenin primero y Stalin después, han redimido la sexta parte del mundo. Desde el Kremlin, que es la aorta de Moscú e insignia indomable de sus mejores tradiciones. En sus puertas nacen los caminos que abren su red sobre el mapa gigante de la Unión Soviética. Detrás de sus murallas almenadas, las tejas verdes de musgo, las piedras que sudan memorias heroicas... Ellas guardaron la vida de Lenin, el guía y pionero; ellas tienen el secreto de las vigilias que cuajaron los Planes Quinquenales y la nueva Constitución. Es por tanto que Moscú nos presenta primero al Kremlin, como un semental de la Revolución. A su guardia se abre la Plaza Roja, serena como una estepa, presidida por los mármoles donde duerme sus glorias el genio de Lenin.

Moscú tiene 800 años. Son ellos su pátina y su estímulo, porque le dan la firmeza de las costumbres y el aliento de permanencia. Sobre su plano, crecido casi circularmente —como ahora trazan los más radicales urbanistas las vías de circunvalación que descongestionan las ciudades modernas— el gobierno soviético ha ido perfilando la nueva vida. Hasta la geografía ha sido alterada: entre bombas a hélice, diques y canales, se ha hecho pasar las ondas del Volga por el corazón de la capital, tendiéndole encima los puentes que son su orgullo. Cinco mares mezclan sus aguas en el pecho continental. A Moscú van también, como a un vértice imantado, los caminos de hierro del ferrocarril. Y han sido esos elementos, —la rueda y el agua— los que han multiplicado su industria 20 veces en 27 años, en un ascenso casi de fantasía.

Cuando los ingenieros lograron aumentar en 5 millones de metros la superficie habitable, se echaron bajo tierra a perforar las salidas del tráfico. El Metro de Moscú no tiene pareja, porque alía la utilidad y la estética: la línea aerodinámica del vagón y la suntuosa vestidura de sus estaciones, con grupos escultóricos que las hacen museos subterráneos.

———

La sonora y enorme lengua rusa, tan loada por Turgueniev, ha sido el vivero de las bibliotecas que han cubierto a Moscú. Sirva de antorcha esa Biblioteca Lenin, de aristas cortantes, masas y vacíos, preñada con 12 millones de libros. También en los últimos 27 años ha aumentado 50 veces sus bibliotecas.

Muy a la par van las caudalosas ediciones: millones de volúmenes, en 72 lenguas, incluyendo a los clásicos y a los modernos, para que el pueblo no pierda sus savias profundas ni sus espigas verdes. Junto a Pushkin y Tolstoi, a Chejov y Gorki, van en pares Leonov y Erenburg, Fadeev y Simonov.

Moscú defiende igualmente la dualidad de su música eterna, que camina en brazos de Tchaikovski, Borodin y Rimski-Korsakov, hasta hacerse afluente de los nuevos: Shostakovich, Prokofiev y Miaskovski. Y llega a su culminación emocional dentro del pueblo, con el teatro y el ballet, hermanos gemelos que pregonan la sensibilidad humana del ruso.

Pero sigue Moscú con su formidable galería de cultura, mostrando su avance científico. Comenta el académico Orbelli: "Hemos podido crear nuevas instituciones, formar numerosos cuadros y poner la ciencia al alcance de las grandes masas. No hay un koljosiano, un obrero, un ciudadano soviético de cualquier profesión, que no se interese hoy día por las adquisiciones científicas de nuestro país, que no conozca a sus sabios, que no los reconozca en la calle..."

Esta declaración tiene mucho fondo. Nos dice del fundamento de la nueva escuela soviética, nacida también en Moscú. Escribía el Dean de Canterbury, que en 1914 Rusia tenía un 76 por ciento de analfabetos y que hoy hay que buscarlos con lupa. Una escuela politécnica que enlaza la vida con la industria, ha creado un tipo de hombre distinto al de estas latitudes, que es el mejor producto del socialismo.

De todo eso y de más habla el Moscú que nos invade la vista estas noches. De jardines de infancia, casas-cuna, dispensarios, maternidades, donde el niño hace su cimiento de salud y enseñanza.

———

Siempre recordamos un pasquín de guerra que fué el más fuerte pasquín que hayamos visto. Llegó en los primeros meses de la invasión nazi. Sobre el cartón destaca la figura de un anciano, endurecido en el calor lento de la vida. De sus brazos, muerto, cuelga un hombre joven. Cuelga, ni más ni menos que su hijo. Todavía le queda mano libre para

TOME Y LEA

15 libros que le recomendamos:

J. Wach: **Sociología de la Religión** . . . . ₡ 18.00
Eugenio Imaz: **Topía y Utopía** 6.00
Varios autores alemanes: **Filosofía de la Ciencia Literaria** 18.00
Edgar Bodenheimer: **Teoría del Derecho** 9.00
Rodolgo Usigli: **Corona de sombra.** Tragedia antihistórica en 3 actos 10.50
Erich Kabler: **Historia Universal del hombre** 20.00
Ricardo Donoso: **Las ideas políticas en Chile** 16.00
James Stokley: **Hacia el Mundo de los electrones** 15.00
Fernando Ortiz: **El Huracán** 27.00
Federico Benham: **Curso Superior de Economía** 16.00
Werner Jaeger: **Aristóteles** 20.00
Horacio: **XL Odas Selectas** 7.00
J. M. Gallegos Rocafull: **La Agonía de un Mundo** . . 7.00
Sylvanus G. Morley: **La Civilización Maya.** Un vol. pasta 60.00
Popol Vuh. Las antiguas historias del quiché. Edic. de Adrián Recinos. Un vol. pasta 15.00

Calcule el **dólar** a ₡ 5.00 y solicítelas al Adr. del **Rep. Amer.** Correos: Letra X. San José de Costa Rica.

JOHN M. KEITH, S. A.
SAN JOSE, COSTA RICA
Agentes y Representantes de Casas Extranjeras
Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELEC ROLUX
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scael Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
JOHN M. KEITH, Socio-Gerente.
RAMON RAMIREZ A., Socio-Gerente.

empuñar el fusil que había acompañado al muchacho patriota hasta que una bala fascista le vació el aliento. Detrás hay una casa humilde, que era la casa de aquella familia soviética. Hay también un horizonte turbio, de atardecer en gris, donde se perfila la torpe silueta de un soldado alemán. El viejo, que deja a las espaldas su hogar roto, todavía tiene voz para gritar al bárbaro invasor "¡Volveremos!"

Los rusos juraron volver, y los rusos juran por la verdad. Por ejemplo, juran por Lenin. Tal vez aquel anciano, también asesinado, no volvió a desandar el regreso, pero hubo hombres que tomaron su camino y llevaron al ario reculando hasta los mismos corrales de Berlín. Aquella voz de fe era la voz del pueblo que construyó el nuevo Moscú socialista. No otra fué la del poeta Simonov:

Espérame, y yo volveré.
Espérame con toda el alma,
cuando la triste lluvia dé
para la espera triste calma.
Espérame, y yo volveré
burlándome de la muerte...
Espérame...

Te esperamos y volviste, noble pueblo soviético. Volviste herido y cicatrizado, porque eres tenaz como la corriente del Volga, con todo el carácter de paisaje y la profundidad de tu historia. Estás latiendo en tu capital, Moscú. Los que fueron a saquearla, allá quedaron, sepultados en la nieve como los zorros malditos.

EL MAGNO HABLADOR

Por *Alberto Gerchunoff*.

(De *Argentina Libre*. Buenos Aires, julio 31 de 1947).

Las hazañas de los héroes carecerían de dimensión y de resonancia en la acústica del tiempo si ellos mismos no la celebraran en los banquetes y en que las miden, señalan y ponderan. Alejandro aprendió a valorizarlas en los cantos de la Ilíada, a expresarse con abundancia en las lecciones de Aristóteles y hablar a los hombres de armas con gravedad o con tono ligero, según fuera la importancia del acontecimiento o el humor favorecido por la taza de vino que gustaba sostener en la mano. Lo cierto es que hablaba. Desde el día en que su progenitor, Filipo de Macedonia, le amenazó con la espada desenvainada, por haber replicado con ira a un pariente de su segunda mujer, Cleopatra, y el primogénito contestó avergonzándolo ante los invitados a la boda, comprendió que su palabra llegaba a los auditorios y nunca más pensó en ahorrarla. Mucho sabía, pues en compañía del maestro estagirita se impregnó de saber, adquirió el arte de razonar y supo desempeñarse con habilidad en el empleo de la elocuencia. Sin embargo, hablaba más de lo que fuere menester y parecía destinar las horas a meditar algún discurso por si se presentase en la jornada ocasión de pronunciarlo. Como todos los héroes, era vanidoso y se complacía en recibir la alabanza de los demás. No bien empezaba a sentir el efecto de la bebida, caía en la red de los aduladores, se mecía en la jactancia o se tornaba fanfarrón, siendo como era "de sobra militar", a juzgar por lo que dice Plutarco. Y cuando emprendió la expedición por los países, dispuesto a enhebrar en su lanza de guerrero, las ciudades y los pueblos que bordeaban el mar, se asistió a su grandeza en los hechos y a su impaciencia en comentarlos. Al atardecer, refrescado por el baño, reunía en torno suyo a los generales, a los amigos que no se apartaban de su ruta y disertaba sobre las proezas realizadas. Concebía un propósito de atinado gobierno y antes de madurarlo, proclamaba su excelencia y encargaba a sus ministros y a sus administradores propagarlo con énfasis y exaltar su virtud. Si alguien, animado de juicio honesto, le recomendaba reflexionar un poco o no precipitarse con sus rápidas decisiones, los que lo adulaban en los festines, le susurraban al oído:

—Tú eres grande, Alejandro, tú eres inmortal: el que te aconseja prudencia y cuidado es un enemigo de tu gloria, un enemigo de la gloria de tu patria.

Alejandro solía irritarse en presencia de esas manifestaciones de duda, si bien raras veces castigaba a sus compañeros de espíritu morigerado. Los humillaba en la cena con sus repetidas peroraciones. Hablaba no bien dejaba de combatir, hablaba no bien le quitaban sus servidores el escudo y el penacho. Hablaba en su idioma a los que lo entendían y a los que lo ignoraban, como la mujer y las hijas de Darío, vencido en la batalla de Gránico, y a las cuales dirigió una extensa oración en que elogió la magnanimidad y la bondad del conquistador, sin que las abatidas prisioneras se diesen cuenta si las condenaban a la esclavitud o si les permitía refugiarse en su tienda.

Llenó así de sangre y de palabras hasta el último lugar en que se detuvo su carro de vencedor. Sometió los imperios del Asia, destruyó los reinos que encontró a su paso, asoló las ciudades y fundó ciudades y reinos. Una mañana, siguiente a una fiesta, en Babilonia, su séquito se asombró: Alejandro callaba. De su boca infatigable no se desprendía, como de costumbre, la lluvia elocuente que sorprendía a sus cortesanos y los hacía sonreír en la intimidad. Alejandro estaba enfermo, le roía la fiebre, le trabajaba las vísceras un mal silencioso e indefinible. ¿Veneno acaso? Se presume que el rey Antígono divulgó la sospecha de que Aristóteles mandó envenenarle por intermedio de Antipatro, cuyo hijo le servía en la mesa, con un rocío sutil y maligno destilado por una piedra de Nonacris. Se sabe que se trata de una calumnia surgida de la circunstancia de que el ilustre filósofo solía avergonzarse por haberle salido un discípulo tan extremoso en el gusto de hablar. Se le atribuía, por lo que refiere Cares, este pensamiento: "Conductor de ejércitos o regidor de un pueblo que habla en vez de hacer y habla continuamente, es porque teme que su nombre desaparezca en el instante de desaparecer la sombra de su cuerpo". El nombre de Alejandro persiste con alto sonido. Es el nombre del héroe, magno y desierto dentro de sí. Lo que levantó en su senda lo derribó el viento; ese viento inexorable barrió sus reinos y demolió su imperio y dispersó por los arenales el eco de sus discursos. En el momento de morir, los generales comenzaron a discutir lo que les correspondía, a reñir tumultuosamente por la dirección de la inmensa fuerza huérfana. ¿Os atrevéis a pelear junto a este lecho? —exclamó Nearco el navegante. —Vemos muertos desde que salimos de Macedonia —respondió Seleuco, fiel emisario de Alejandro, llamado el Magno.

Una suscrición al Rep. Americano la consigue Ud. con
Matilde Martínez Márquez
LIBROS Y REVISTAS
Avenida Los Aliados Nº 60
Apartado Nº 2007
Teléfono FO-2539
La Habana, Cuba

Si Ud. reside en la Rep. Argentina suscríbase al
Repertorio Americano
por medio de la
Agencia Internacional de Diarios
A. BARNA e HIJO
Buenos Aires, Lavalle, 379 —
U. 31 - Retiro 4513

2
Copy
11
4
47

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — **José Martí.**

..."y concebí una federación de ideas," — **E. Mía de Hostos.**

LA RUTA DE LOS CORSARIOS

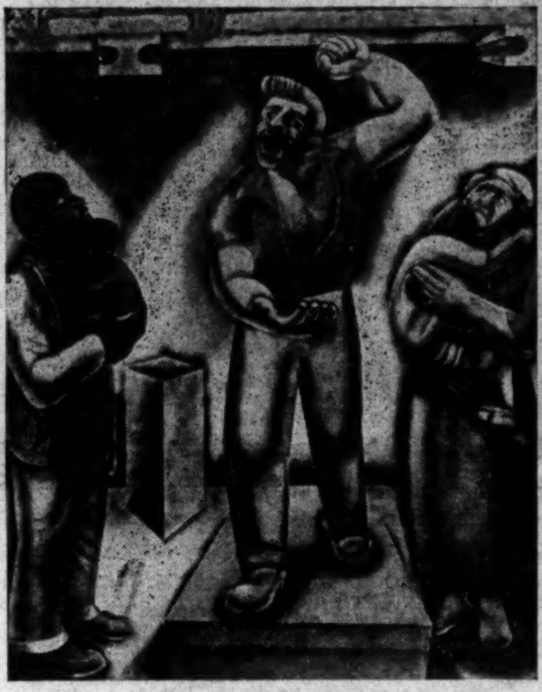
Por *Mario Briceño Iragorry.*

(De *El Nacional.* Caracas, julio 3 de 1947).

A sabiendas del tipo de película que me esperaba, he concurrido a la sala del Boyacá para ver el arbitrario arreglo de Frank Borzage titulado *En la Ruta de los Corsarios.* La tesis del realizador de la aventura está enderezada a desacreditar el régimen colonial hispano y a justificar, con falsos tintes románticos, la intención de los bárbaros piratas. Fácil sería explicar los abultados errores por ignorancia de la historia, mas, surge tan clara, tan diáfana y tan decidora la intención de los autores, que de inmediato se advierte el propósito aleve contra nuestro pasado español, contra nuestro propio pasado nacional.

Sólo a una mente obcecada por un menosprecio irredento hacia las formas de la política colonial de España, puede ocurrir la idea de presentar al pretenso Virrey de Santa Fé que figura en el film, como a ser afeminado e histriónico, cuya crueldad justificaría la reacción del futuro corsario. Con tanta precisión está realizado el intento del autor, que a espaldas mías, unas conversadoras señoras sentimentales, ignorantes de la realidad de nuestro pasado, van comentando a gusto de paladar para el farsante del relato, cómo era de noble la actitud vindicadora del corsario.

Destruído, aniquilado y hoy convertido en un mundo distinto, el antiguo imperio español de las Indias, subsiste entre los sajones el odio y el menosprecio para la cultura sembrada en el nuevo mundo por el esfuerzo audaz y generoso de la Metrópoli española. Desde el propio Siglo XVI las potencias enemigas de la Corona de Castilla lanzaron al mar y potegieron con sus bandos, las devastadoras hordas piráticas. Para equilibrar los resultados de la conquista —intrepidez y desprendimiento del español frente a timidez y a lentitud de las otras potencias— ningunas más eficaces que las armas de los hombres sin ley que venían a quemar los asientos de España y a robar los galeones que conducían a Sevilla el fruto del trabajo minero. Agasajados y premiados por los gobiernos del imperialismo antiespañol, los corsarios satisfacían en América el odio de Inglaterra contra la catolicidad de España y buscaban con el triunfo de sus armas siniestras, complacer las rivalidades de las Cortes enemigas. Bárbaros, sanguinarios, sin otras consignas que el incendio, el pillaje y el crimen, recorrieron las playas de nuestro continente sembrando ruinas donde el esfuerzo civilizador de la Península erigía Universidades, levantaba Catedrales y abría caminos para que la civilización de Europa se espaciase en el mundo virgen de las Indias.



Detalle del *Fresco Moderno* de Siqueiros

Para España han sido los denuestos. No hubo sosiego en la enemiga que provocó en el mundo europeo el dilatamiento de su imperio y como si fuera poca la eficacia del odio extranjero, con la emancipación de nuestros países adquirió nueva forma en el propio espíritu de los antiguos colonos, convertidos en ciudadanos de repúblicas independientes. Renegaron muchos hispanoamericanos de su origen cultural y pusieron oídos a la leyenda del descrédito contra la política española, y hasta hallaron en la propia autocrítica de sus hombres, fuerza con qué arrimarse a la tesis menospreciadora de los otros. Muchos olvidan que mientras Francia, Inglaterra y Holanda galardonaban a los asesinos y ladrones que destruían el Imperio español, en el Consejo de Indias se escuchaban y atendían con profundo sentido humanista las censuras que los juristas, los filósofos y los jueces hacían de los hechos injustos de los colonizadores españoles. No necesitó España, país por excelencia de agonía dialéctica, que le fueran criticados por extraños los errores de sus capitanes. En la propia tela de su vida institucional labró el pespunte de su crítica. Tuvo el valor, que es tuétano y esencia de su historia, para proclamar las faltas de sus hombres y sentido también para irles a la contraria. Pudo errar, mas no buscó hipócritas argumentos puritanos para ocultar el desacierto de sus capitanes.

Ninguna nación antigua tuvo la generosidad que España puso en práctica para fundar su imperio colonial. La empresa de los otros pueblos fué movida por la brújula del sólo interés económico y guerrero. Castilla y Aragón se sintieron, en cambio, cabeza de una cruzada de espiritualidad y humanidad, y su empresa de las Indias representa el avance de un mundo que buscaba nuevas posibilidades para realizaciones morales.

Justificar al pirata, como lo intenta Frank Borzage, es atentar no sólo contra el muerto imperio español, sino contra nuestro propio pasado histórico. La película es una afrenta a nuestra historia nacional. Porque nosotros no somos espúreos del destino sino la continuación en el tiempo de los hombres que realizaron la aventura colonial de España.

Por descastados serían tenidos los norteamericanos que adhiriesen a una propaganda de descrédito contra los peregrinos del *Mayflower.* Sin embargo, a nosotros, como a peleles para fenicia conquista, nos envían los peliculeros del Norte, historietas que ultrajan a los hombres que formaron nuestro plasma histórico. Recios, duros, pero siempre heroicos caballeros, ellos dejaron inscritos sus nombres en el árbol de nuestra genealogía social. De ellos venimos y cuando queremos alargar el prestigio de nuestra heroicidad y de nuestro derecho nacional, Alonso Andrea de Ledesma se yergue como símbolo de la patria nueva. Ledesma que salió solitario y audaz a oponerse a esos corsarios que el nuevo filibusterismo de la industria yankee nos quiere presentar con tonos de nobleza. En las salas de nuestros cines la apoteosis de los corsarios antiguos, es como angustioso presagio de tiempos desgraciados en que sean bajados de sus caballos Bolívar, Páez, Sucre y Urdaneta para que monten en aquéllos los nuevos piratas del imperialismo anglo-sajón.

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS

del

BANCO ANGLO COSTARRICENSE

(el más antiguo del país)

está a la orden para que usted realice este sano propósito

AHORRAR

Agencia del

Repertorio Americano

en Londres

B. F. Stevens & Brown, Ltd.

New Ruskin House,
28-30 Little Rusell Street, W. C 1
London, England